DIÁLOGOS



728.6

M. VINCENZI

199.728.6 V775d

BIBLIOTECA

Carlos Monge Alfaro SISTEMAS DE BIBLIOTECAS UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

268960

Sistema de Bibliotecas-UCR

268960





Prólogo

ASTIMA que nuestra América prosiga siendo analfabeta! De lo contrario, su libro podria hacer las veces de un bre-

viario para la juventud....»

En tan fáciles palabras, con que el espiritu aligero de Soiza Reilly parece apostillar cualquiera de sus crònicas multiformes, para acusar recibo de este grave libro (,) que manifiesta la serenidad de un intelecto unigènito en los profusos tròpicos—no hay la menor sobra de buena voluntad, ya que tampoco regateos de justicia.

Trátase de un caso. Vincenzi es de un perfil excepcional. No es apóstol ni mártir hecho al gusto de las más o menos dificiles multitudes intelectuales. Es filósofo a secas. Se pertenece por entero. En el hermetismo de tal espiritu de selección, la publicidad de un libro propio no pasa de ser un ademán tan natural como pudiera serlo en la vida de un árbol el ofrecer sus flores.

Nota del Centro I. Editor de C. R.

⁽¹⁾ Refiérese el Cantor de América a la Critica trascendental.

Y yo he leido la Critica trascendental. Y me he sentido caminar por un camino llano, en que las disertaciones antojáronseme alamedas propicias al buen afán peripatético y aun las acotaciones—de una literatura exclusiva-fuentes marmoreas, en cuyos bordes apareciéronseme sentadas a departir la Belleza y la Sabiduria.

El autor manifiesta, en sintesis preliminar, como el exclusivismo teórico y práctico de Filosofia, Ciencia y Arte, ha causado trascendental menosprecio por sus relaciones reciprocas, a pesar de constituir estas los términos de conexión armoniosa entre las

más intimas facultades del espiritu.

Adivinase el ágil esfuerzo con que en el libro se ha deseado y conseguido obtenercon una audacia filosòfica poco o nada comun en el Continente-la precision del análisis y la sintesis aristotélicas, en cuanto hay en la critica y la autocritica de referencia al mundo material y positivo, haciendose algo asi como el reconocimiento de los diversos sistemas, desde Gotama en Oriente-personaje esceptico-hasta Kant y desde Kant hasta Bergson, incluyendo los de la cultura griega, la alejandrina y la romana.

Tal es como el autor hace, punto por punto, el ascenso evolutivo de la Historia de la Filosofia en su orden fundamental: desde los raciocinios referentes a lo práctico, que no son, a principios de la formación de los sistemas prearistotélicos, sino intentos de un

empirismo idealizado y sublime en Pitágoras, Socrates y Platón, sin olvidar a Heráclito, hasta los de las reglas metodológicas. realizadas para encauzar los esfuerzos de la inteligencia en sus propios recursos y que fueron obra colosal de Aristoteles; desde la lògica aristotèlica, un tanto empirica todavia, hasta el examen de las facultades de la inteligencia en si mismas, fuera de todo prejuicio de empirismos y de reglas, realizado a su vez por la filosofia germánica, cuyo más alto representante metafisico fue Kant, que aparece escoltado por Fiechte, Hegel y otros más. ¿Cómo olvidar a Descartes, en su demostración primera de la existencia del yo, para desprender de este el análisis de sus manifestaciones? Y en este hilo de ascenso despacioso, pero seguro, Vincenzi ha buscado y ha encontrado los motivos de la exclusividad de la Ciencia, la Filosofia y el Arte.

Con tal preliminar, el joven filòsofo americano pretende encontrar remedio a las desviaciones de los tres grandes ramos y, en particular, a las desviaciones estéticas. El escepticismo de Leopardi le hace ex-

clamar:

«Leopardi, en su primoroso opúsculo DE LA GLORIA, habla de los efectos de tales causas—las causas por las cuales la critica es incapaz, segun él, de fijar el mérito de las obras de clásicos y modernos—con una profundidad conmovedora, pero no intenta una explicación científica y filosófica de los fenómenos. Observa; no analiza. Y yo presento mis principios después de las observaciones y los análisis correspondientes».

Creo yo que Leopardi es quien más ha avanzado, de modo empirico e intuitivo, en materia de critica. Creo yo, asimismo, que Vincenzi ha logrado ordenar y metodizar esos avances del escéptico italiano, dándoles un valor estético, filosófico y científico, esto es, generalizándolos y sistematizándolos con un criterio a la vez lo más práctico y lo más ideal posible. No en vano el fuerte intelecto de Brenes Mesén ha asegurado que el de Vincenzi tiene capacidades «enormes» para abstraer y generalizar: aqui lo ha demostrado.

El capitulo de Autocritica termina de esta manera:

«En la historia del Arte y la Ciencia, no ha existido un critico que abarque el circulo indicado de conocimientos. Sin embargo, la critica contemporanea exige determinar en él las acciones del hombre: las más pequeñas como las más grandes».

En los Principios de Crítica, propiamente tales, demuestra que esta ciencia, en lo que toca a la literatura, no ha sido tampoco sistematizada.

Un fino espiritu-Napoleon Pacheco-en el sutil estudio que dedica a Vincenzi, dice, al referirse a sus principios: «En los principios de Vincenzi están abarcados los aspectos más importantes de TODAS las escuelas de critica».

Hay que convenir, en efecto, en que están relacionados y generalizados, como no lo hicieron ni Taine, ni Saint Beuve, ni Macaulay, ni los sensualistas, ni los impresionistas.... ¿No revela esto una desmesurada audacia, una aspiración profunda por los más altos

valores de la Filosofia, sean cuales fueren los resultados totales de sus esfuerzos? ¿No indica esto una cerebración excepcional en estas latitudes del Trópico? Estoy, asi, seguro de que el tiempo hará hablar con respeto de las obras de este joven filòsofo....

Sus diálagos marcan este orden: Metafisica de la unidad: Metafísica del conocimiento. Y promete un estudio dialogado sobre «la libertad metafisicamente considerada». El orden es rigurosamente lógico.

Cimplase la promesa y desenvuélvase por completo la obra de este joven y extraño filosofo, independiente hasta la egolatria, pero

superior a todos sus yerros.

Antes de que en su copa viertan manos de injusticia la cicuta socrática, deshôjese dentro de ella la rosa de este elogio por manos de Poeta.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

San José de Costa Rica, 23 de febrero de 1921.

PAULINO Y SUETONIO

T

METAFÍSICA DE LA UNIDAD

PRIMERA JORNADA

Es la tarde. Paulino, el maestro, invita al joven Suetonio a elegir tema del diálogo. El joven tiene obsesión por la «unidad absoluta»; la propone y, acto seguido, la palabra del maestro cascabelea por el silencio de la tarde como extraño rumor de música trascendente. El crepúsculo se vierte, líquido, sobre el lago. Las frondas del bosque conversan secretamente. Y hay por doquiera una conciencia exótica del mundo.

Paulino.—Sentémonos bajo esta sombra; ejercitaremos con toda tranquilidad la mente, en el problema de tu predilección. He pensado que ninguno hay, para la comprensión de nuestras épocas, tan interesante, y, a la vez, que haya servido más, con sus inmensas dificultades, a los prejuicios clásicos y sus consecuencias dogmáticas.

Suetonio.—Explicame, oh maestro, qué es un prejuicio clásico, cómo llega a formarse, sus razones psicológicas y la importancia de sus consecuencias en el desenvolvimiento de la civilización. P.—Lo que por una distinción superior se ordena en clases, es clásico; pero la palabra, como todas, tiene multitud de acepciones más o menos determinadas. Esto es lo que interesa a nuestro propósito. Suetonio.

Llamo prejuicio clásico al estado interior del alma preparada por la consciente elaboración de la historia, o la impulsiva de la naturaleza ordinaria. En ambos casos ese estado, más o menos fijo, obliga a la razón total, que está constituida por la intuición, el movimiento de las ideas en cualquiera dirección posible, y la mixtura de ideas e intuiciones, a apreciar lo exterior y lo interior en su propio sentido, sin la necesaria reflexión de sus conexiones de mayor interés. Es una cadena elaborada para unir dos piezas de una máquina y que después se intenta aplicar a otras piezas que no podrán soportarla o que ella misma no podrá soportar. Mientras se aplica a su uso premeditado tiene mayores probabilidades de utilidad: en este caso no es prejuicio.

S.—Luego el prejuicio es inadaptabilidad de un estado del alma a sus movimientos interiores o exteriores.

P.—Sí, pero inadaptabilidad para propósitos determinados de la vida, porque es adaptabilidad para todo, en un vasto sentido en que no hay cosa que no se adapte a las otras: inadaptabilidad humana que se cree movimiento bien orientado o se orienta como si fuese útil.

Y prejuicio clásico el que proviene de una selección superior; y se pretende hacer servir a estados que lo excluyen como humana inadaptabilidad.

S.-¿Cómo llega a formarse?

P.—Son múltiples los motivos que llegan a

constituirlo, y por consiguiente, las formas en que lo consiguen: la necesidad de la afirmación para el objeto inmediato de satisfacer un acto interno o externo, se vincula con la natural incapacidad de explicar los nexos trascendentales del acto exigido al espíritu. Y entonces se asume una actitud provisional que sigue siendo aplicada a circunstancias semejantes, hasta echar raices en generaciones enteras cuyos objetivos de civilización han cambiado y contribuido a alterar esas circuns-Atancias análogas. Es, pues, por un conflicto como llega a constituirse el prejuicio; pero en el prejuicio clásico la ignorancia es hipótesis: y es evasión de los tópicos inexplicados, o, simplemente, de los tópicos inexplicables.

Y después, ¿quién se atreve a juzgar los diversos valores de los prejuicios clásicos sin saber qué son y cómo se han organizado?

Pero es tiempo ya, amigo Suetonio, de contestar a la tercera pregunta: ¿cuáles son las razones psicológicas del prejuicio clásico? Las hay múltiples: 1.ª toda actitud asumida tiende a conservarse; y lo consigue más en mejores circunstancias del medio; 2.ª a mayor conservación de las actitudes psicológicas corresponden menor deseo y aptitud de explicarlas; 3.ª a menor deseo y aptitud de explicar un estado, mayor probabilidad de conservación del mismo, porque la razón todo lo multiplica y transforma en su desenvolvimiento; 4.ª la ignorancia, que es el estado más vasto del espíritu, provoca la pereza mental; ésta, la mayor conservación de los prejuicios de todo género; 5.ª los compromisos psicológicos creados con el prejuicio, en particular con el prejuicio clásico, ya que es el más doloroso en sus planos de sensibilidad superior, tiende a caracterizar la pretendida inmovilidad escolástica; y, por esta razón, toda mutabilidad es contraria a la conservación de los prejuicios iniciales que forman los sistemas conservadores y liberales, que son la riqueza moderna de los espíritus; y 6.ª puesto que el deseo de conservación, la repugnancia de explicar las actitudes más organizadas y más estables, el aliciente de la pereza que presta la ignorancia, y la simpatía que tiende a conservar los prejuicios iniciales de los sistemas en la conservación del todo, son mayores que las capacidades de remoción, por lo general, la historia de la mentalidad es, en su mayor parte, la estadística de los prejuicios de todo género, a base de los prejuicios directores o clásicos.

S.—Y entonces ¿cómo por aceleración no se ha llegado a nulificar todo sentido de re-

moción de los valores?

P.—Amigo Suetonio, si los recursos de evolución sólo fuesen particularmente humanos y los humanos sólo estuviesen circunscritos dentro de las modernas capacidades conocidas, o que se pretenden conocer, la máxima ignorancia que es dado imaginar, habría vencido por aceleración todo intento de conocer el mundo. Pero no es así, y por ello es preciso creer en la posibilidad de llegar a anular el prejuicio con la acción del mismo conocimiento contemporáneo, en compañía del progreso de las siguientes épocas.

Pero ¿no es tiempo ya de explicar cuáles son, a mi juicio, las consecuencias de los prejuicios clásicos, que es la cuarta pregunta por contestarte, oh Suetonio?

S.—En efecto, querido maestro Paulino, pe-

ro, ¿podría hacerte una última pregunta sobre la tercera proposición?

P.—Las que gustes, Suetonio.

S.—¿Es preciso entonces dar mayor sentido y méritos a lo conocido que a lo desconocido, si este último, a pesar de su mayor grandeza aparente habrá de ser sustituido por

un conocimiento final y absoluto?

P.—Ingenioso Suetonio: para contestarte con alguna satisfacción de mi parte, esa pregunta, tendría necesidad de que conversásemos otra tarde sobre los valores fundamentales del conocimiento; y que leyésemos juntos mis Valores fundamentales de la razón. Mas lo primero será posterior a mi discurso sobre la Metafisica de la unidad, en que te descubriré las dificultades de la razón consecuente y la posible orientación de la filosofía futura.

S.—Tendré mucho gusto de hacer lo que

digas, querido maestro.

¿Cuáles son las consecuencias de los pre-

juicios clásicos?

P.—Si los prejuicios son consecuencia en particular de la ignorancia y la pereza, las consecuencias de ellos mismos son engendro indirecto de ambas. Y la pereza con la ignorancia engendran la inactividad, en primer lugar: y en segundo, la viciosa actividad del mal, que se ramifica en vicios orgánicos y espirituales. ¿En dónde encontrar, por ejemplo, las causas del arte morboso, que tanto han preocupado, con singularidad, al pueblo galicano? En el prejuicio de la voluptuosidad artística, que en Grecia no era prejuicio, y parecía una estatua purísima de mármol cincelado con la mano misma de la salud mental y orgánica. Y siempre que se intente la aplicación

de un estado ajeno a las circunstancias a que se desea adoptar, da consecuencias similares: el desacuerdo, la disipación de toda energía.

S.—¿Es decir que esas consecuencias se reducen a la disipación de fuerzas? ¿Bastará, entonces, ver esta disposición en la mente y la carne para señalar como causas, posibles

prejuicios adquiridos o ingénitos?

P.—Para aceptar eso, habría necesidad de extender la acepción de la palabra «prejuicio» a las fuerzas orgánicas e inorgánicas que se disipan; y aceptar como capaz de juicios y prejuicios a la materia inorgánica, que, si se atiende a la continuidad de las leyes, no es cosa imposible, antes bien, muy probable y racional. Sin embargo, no conviene atribuir toda disipación al prejuicio; a veces un prejuicio implica aglomeración de energías disipadoras, y ¿por esto se va a concluir que toda aglomeración es consecuencia del prejuicio? Sería concluir demasiado.

S.—¿Pero en qué se distinguen como elementos destructores los prejuicios clásicos de los otros?

P.—Suetonio, haces bien en dirigirte al punto primero: las consecuencias de los prejuicios clásicos. La tarde se aleja en el horizonte; el paso de la fuente se oscurece y temo las vacilaciones de mi vista octogenaria a la única luz de las estrellas. ¿Hay muchas nubes en el cielo, Suetonio?

S.—Maestro, un rebaño de tenues nubecillas tintas va de oriente a occidente; las estrellas ya asoman curiosas, sobre el ánfora del lago, sus rostros trascendentes e ingénuos.

P.—Hijo, bien marcha esta dulce primavera. Mas volvamos al problema: tu brazo su-

plirá las ausencias del tiempo y de la noche; y las ausencias de mis años, sobre todo.

Los prejuicios clásicos atañen, capitalmente, a las clases directoras; de una manera muy efectiva e indirecta, a las masas. Si no fuera muy efectiva en las muchedumbres, sus consecuencias serían reducidísimas y, en este caso, habría necesidad de atender con mayor solicitud a los prejuicios vulgares. Pero no es así, y esto, o simplifica el provecho aristócrata de las masas a través de las clases directoras, o lo complica cuando el mal de esas masas se hace en mayor escala a través de ellas.

Lo mismo ocurre con una locomotora. En la palanca que dirige sus movimientos están, en cierto modo, su mayor bien o su mayor mal; si se maneja con prudencia y conocimiento, el tren marchará normalmente; de otro modo la violencia suplirá al orden y la seguridad....

El lago es todo una vasta placa dorada. El anciano filósofo se levanta del césped y es conducido del brazo por Suetonio, a lo largo de la ribera... Se oyen los clo, clo, clo, armoniosos de los sapos, y el revuelo de las aves crepusculares de los árboles florecidos.

El céfiro ha montado las barbas blancas del anciano sobre sus hombros.

El anciano señala repetidas veces las aguas bruñidas de la lejanía...

SEGUNDA JORNADA

Van a ser las seis de la tarde. Una lancha hienda las aguas, despaciosamente, siguiendo las sinuosidades pintorescas de la ribera. Dos abisinios hercúleos, uno en proa, y otro en popa, dirigen la barca. En el centro se ven dos siluetas latinas como en un viejo medallón romano: Paulino y Suetonio. Las barbas del viejo filósofo flotan en el viento, parlero. Suetonio escucha, reverente y aristócrata, con esa aristocracia real de las noblezas latinas, la palabra enigmática del maestro.

El crepúsculo es pálido y borroso como las caras de una moneda milenaria.

Paulino.—Te decia, dulce Suetonio, que el problema de la unidad ha puesto inmensas dificultades entre los hombres pensadores. Así es, hijo mío.

¿Se ha definido lo que es la unidad? Sin definirlo, ¿habrá sido posible establecer sus relaciones con las otras ideas fundamentales y directoras de la historia? Pues bien: yo afirmo que no se ha definido y que, por consiguiente, no se sabe qué relación tiene un exacto criterio de la unidad absoluta con todos los otros problemas de la ciencia, el arte y la filosofía. Y más, todavía: afirmo que la razón siempre ha supuesto la constitución fundamental de su naturaleza como un ente uno, sea cualquiera la definición que se haya aceptado, de antemano, de la unidad pura.

Suetonio.—Luego ¿el edificio entero del conocimiento descansa sobre un vario, incongruente y difuso criterio de la unidad absoluta, sobre un prejuicio clásico múltiple y caprichoso? Y, como todo lo posterior depende de ese prejuicio, ¿no se pueden herir las consecuencias fundamentales que se le han sustraído, sin negar por entero las licencias iniciales que

supone, y viceversa?

P.—Te adelantas con plausible aplomo, Suetonio.

Y si la iniciación es hipotética ¿sus consecuencias pueden ser reales? No, en efecto. Pero de ese prejuicio clásico, el más grave, jamás se ha separado la mente humana. Empecemos por la palabra. ¿Cuándo decimos la palabra, no suponemos la simplicidad fija de un sér? No se puede hablar sin suponer estos primeros elementos simples. Y bastaría hacer un grosero análisis científico de los órganos del lenguaje para reconocer que en lo material todas las palabras son perfectamente divisibles en partes múltiples, que no se repiten nunca. ¿No estará la simplicidad, entonces, en el sentido de los diversos elementos de la lengua? Habría diversas simplicidades, totalmente diferentes, pero que tendrían algo de común:

lo simple. Esto es, pues, contradictorio en absoluto. Luego, ¿por qué suponemos tantas cosas fundamentales contradictorias; y después somos capaces de verter la sangre por una idea? Detrás está el gran prejuicio: la unidad, cuya existencia parece un mito perfecto, la perfecta multiplicidad simple y aplicable a la diversa noción del mundo interior y exterior.

Pero internémonos más en el espíritu. La razón ano supone en absoluto su unidad; no es una cosa inexacta, fuera del tiempo y el espacio? Supone la unidad puesto que es la razón, pero tiene diversas capacidades, analíticas y sintéticas, retentivas, metódicas, dogmáticas, liberales: todas éstas dentro de la idea, la pasión, y la mixtura de ambas. ¿Qué es esto, pues? Pero la razón sigue siendo para los más grandes pensadores, una, sin perjuicio de su evidente multiplicidad. Este error es universal; o no es error, y en este caso el milagro, esto es, lo contradictorio, es la naturaleza del mundo asequible a la mentalidad del hombre contemporáneo. Esta conclusión, sin embargo, ha sido evadida con entero espíritu dogmático por todos los filósofos conocidos, inclusive por Heráclito, si se examinan sus ideas con entereza. La historia de la filosofia es, o podría presentarse, como la estadística de las evasivas fundamentales.

S.—Maestro ¿has intentado definir la unidad? P.—Si; mis afirmaciones no se justificarían si no lo hubiese intentado. Pero antes estudié las definiciones expresas e implícitas de los grandes filósofos: no me satisficieron, y esto fué el motivo para que tuviese el derecho y el deber de responder a las exigencias especulativas de mi espíritu. Y concluí los siguien-

tes caracteres de la unidad pura: 1.º: es indivisible; 2.º: no es idéntica ni semejante a ninguna cosa; 3.º: no tiene exterior ni interior, carece de relación, porque la relación existe en virtud de dos o más cosas; 4.º: es inextensa y está fuera del tiempo; de otro modo padecería relación de dimensiones y fragmentos temporales; 5.º: no es energía ni objeto de inteligencia; es imponderable; 6.º: declarar su existencia es identificar su carácter de ser con los caracteres de ser de las otras existencias del universo, lo cual es establecer relación entre éstos y una entidad que no las admite; 7.º: en consecuencia, es una entidad absolutamente contradictoria; 8.º: pero la razón supone de modo incontrastable la simplicidad una de sus objetos de relación exterior e interior; de ideas e intuiciones, fenómenos, leyes y estados fijos. La metafísica de las lenguas lo manifiesta.

S.—¿De modo que no puede existir, si fuera posible, más de una unidad, puesto que no sería ni idéntica ni semejante con nada? Mas ano es idéntica en sí misma?

P.—No es idéntica ni diferente en sí misma, comenzando porque no podría ser sin tener un carácter común con las otros seres: el sér. Sin embargo, el sér podría ser no más que una palabra aplicada por extensión a infinitos objetos que no son, en cuanto son, idénticos ni semejantes, siquiera, y, bajo este punto de vista la lengua no se prestaría a la determinación de ninguna verdad, sólo sería una existencia caprichosa e inexplicable, como las otras existencias del mundo.

S.—¿Y estas inmensas dificultades las atribuyes, oh maestro, a todos los movimientos

de la razón empírica y teórica, a la ciencia, el arte y la filosofía? ¿Son estas contradicciones flagrantes la senda de una absoluta anarquía mental?

P.—Caro Suetonio, tus mismas palabras las implican, y toda anarquía las implica, toda protesta y todo optimismo, toda manifestación del espíritu. ¿Podrías mantener tu espíritu en ese doloroso estado? Tu mente es un grano de mostaza en el universo, pero luminioso como un sol de primavera.

S.—¿Y esas palabras, venerable maestro Paulino, también incluyen las dificultades universales de la unidad? ¿Podría oírlas con tran-

quilidad acaso?

P.—Sólo tienen valor para oponerse a las palabras contrarias. Al levantarse sobre ambos estados contrarios, el placer y el dolor desaparecen del espíritu, y entran en él nuevos estados cósmicos que los incluyen o los excluyen: el universo no se ha revelado a la historia humana. Siempre podrán aparecer verdades extraordinariamente distintas, hombres de una cierta y asombrosa originalidad. Sin embargo, siempre se ha creído lo contrario: soy el primero en negar ese error. Fundamental error en las veredas de la civilización.

S.—¿Pero quieres decirme, venerable Paulino, con qué género de razón me llevas a negar la civilización humana de todos los siglos, me conduces a creer en que el conocimiento contemporáneo descansa en el prejuicio clásico de la unidad contradictoria? ¿No es esta tu inmensa afirmación? ¿Luego ningún hombre ha sido razonable? ¿Cómo has vivido tantos años en esta creencia desoladora? Sin embargo, siento que tus blancas barbas tran-

quilas y la infinita y vaga expresión de tus ojos, me contestan con una afirmación supe-

rior y enigmática ¡oh Paulino!

P.—Conmovedor Suetonio: la humana civilización que registra la historia es una entera contradicción ineludible, forzosa y razonable contradicción. La razón que he empleado para conducirte hasta ahi es la razon consecuente; la misma que afirma su unidad absoluta y la imposibilidad de que una cosa exista y no exista en el mismo lugar y al mismo tiempo. Y que, sin embargo, en sus procedimientos acepta como su primitiva, media y final razón de existir y obrar, la contradicción más rotunda: la preliminar existencia de la unidad pura. Pero, ¿te asombras de mi tranquilidad ante esa extraordinaria consecuencia? Me explicaré: la razón consecuente es sólo un simple género de inquirir los secretos del mundo. No se ha usado otro en la historia; y por ello constituye la primera época o categoría del pensamiento humano: es la primera palabra del hombre que empieza a civilizarse. Todo se ha intentado explicar con ella. Pero sobre ella, después de cumplir sus designios en la historia, vendrá la segunda gran época, cuyo primer representante soy ante el mundo. Conmigo empieza la época de la razón inarmó-) nica e inconsecuente, que descubre la contradicción en todos los campos de la humana sabiduría, los grandes prejuicios y su razón contradictoria de existir y seguir existiendo. Todo es razonable, contradictorio e inarmónico para esta segunda época de la historia de la civilización. Por eso mi actitud es la del anciano que espera lejanas e inesperadas realizaciones.

S.—Ahora comprendo la trascendencia de tus palabras, venerable. En otra jornada habrás de explicarme lo que desees de tu vasto sistema. Mi interés, a tu lado, siempre es creciente. Jamás escuché nada más demoledor y constructivo, a la vez, que tu palabra.... Pero vámonos; el cristal del sereno puede hacerte daño, oh viejo Paulino.

La luna surge, bruñida, sobre la cima desolada. Los peces voladores rompen las aguas, sonoras, de la superficie. Y hay como una vaga reminiscencia latina en el céfiro... Los árboles se emborronan en informes jeroglíficos. La barca, con sus cuatro siluetas humanas, huye, sobre las aguas oscuras, como una visión fantástica de ultratumba. Juega un animal nictálope en la ribera...

TERCERA JORNADA

Paulino y Suetonio llegan, por fin, a la cima del monte, despejado. Es el alba y tiembla un rumor de golondrinas en el aire, latino. En el cielo hay una fugaz coloración violeta, como la túnica de un favorito del Papa. Bajo el árbol de la cima, la fuente ora una sonata armónica. El sol se adivina sacerdotal en los confines del lago, sereno y pensativo... El viejo octogenario siéntase, con Suetonio, bajo el árbol, en la humedad transparente de la hierba. Y sique un trío de voces en la cima: las del maestro. Suetonio y el manantial, bullidor y cristalino ...

Suetonio.—Descansa, dulce maestro: la cuesta es dura. ¿Sientes fatiga, maestro?
Paulino.—Tu brazo es suave y fuerte, Suetonio. Fatigado estás con tu doble jornada.
Descansa, Suetonio, y la voz de la fuente despertará después las inquietudes trascendentes de tu espíritu.

S.—Habla, querido maestro, y tu palabra me arrullará más que las voces de la fuente. Tu elocuencia es un arrollo más poderoso y cristalino. ¡Cómo arrebatan al espíritu las grandes y originales concepciones! Dulce maestro, habla.

P.—Escucha, cortés mancebo: dentro de la razón consecuente, que abarca hasta hoy toda la historia de la filosofía, las más grandes unidades determinadas son, en primer término, el ser. Es una unidad mental contradictoria que ha constituido una ciencia especial: la ontología. En ella se estudia el ser como tal, aplicado a las imaginadas extensiones e inextensiones temporales y no temporales del mundo. Después, 1. la unidad del bien opuesta a la unidad del mal, y circunscritas ambas en la ciencia ética. 3. Luego, las unidades de la verdad y el error. Pero las principales unidades imaginadas dentro de la misma unidad preliminar de la razon consecuente, son la unidad pura de la afirmación y la unidad de la negación. Cada palabra que determina la existencia de cada unidad implica indefectiblemente la absoluta simplicidad del objeto denominado: así consta en los escritos de los hombres, de modo expreso o tácito.

Si atiendes observarás adónde quiere conducirte mi palabra sin mayores rodeos, ya que estás liberado de las insustanciales paráfrasis

contemporáneas de la razón.

S.—Ya entiendo, Paulino. ¿Deseas que aplique los juicios preestablecidos en las dos jornadas anteriores a la nueva afirmación de que son tales y cuales las más notables unidades de la filosofía, el arte y la ciencia? ¿Y que, en virtud de esa aplicación, tenga presentes esos juicios?

P.-Ha sido, pues, inexcusado mi llamamiento. Quería ver hasta qué punto seguias mi discurso, penetrante e ingenioso Suetonio.

Pues bien: yo afirmo ante el tribunal de la historia que el ser no es uno: es multiple y sus partes infinitas son diferentes en lo que no son totalmente idénticas. Y acuso a la historia misma de no haber exigido la inmovilidad o abandono absoluto de esa unidad contradictoria, o de no haber solicitado a los filósofos su uso absolutamente conforme con los juicios preliminares: los de la unidad invariable del ser en si mismo. Mas si hubiese solicitado esto último no habría podido esquivar el pensamiento la contradicción que entrañan esos juicios; y la historia se habria visto forzada, como ahora, a aceptar la contradicción de la unidad del ser en su comercio mental.

Por lo tanto, el ser es un abanico infinito cuyas varillas no son una misma cosa en su cualidad de ser; y llegan, a veces, a una absoluta oposición inimaginable. De otro modo la monotonia sucederia a la suprema variedad del Kosmos. ¿Qué dificulta por otro lado, que el mundo sea mucho más complejo de lo que se ha imaginado hasta aquí? El universo es

infinitamente complejo.

S.—Pero si es infinitamente complejo ¿qué proporción y variedad de varillas del abanico determina la afirmación de que es infinita-

mente complejo?

P.-La contestación a semejante pregunta, Suetonio, está en potencia en la afirmación; no importa que yo la conteste o no. Y donde se ha dicho ser, las varillas correspondientes han cruzado la realidad indefectible de las leyes del mundo. ¿O es que las ha podido cambiar la historia con su natural reducción proporcional y justa para apreciar las cosas? Por eso, Suetonio, todas las cosas se manifiestan absolutamente en su oportunidad. El eclecticismo ya ha escogido de todas las ideas las que más han convenido a un momento de evolución. Yo las justifico todas, por entero, así como el universo las ha producido todas. ¿Te basta el argumento? Pues bien: sin embargo, es preciso aceptar la divergencia y el cisma, por el mismo motivo.

S.—¿Entonces el ser podría llamarse no ser en multitud de sus infinitas partes? ¿No es, pues, la lengua, la forma más o menos simple de anunciar al espíritu las radicales diferencias del mundo, en virtud de nombres que las identifican, como si se tratara de un haz de entidades diferentes atadas a un mismo nombre, con propósito de facilitar su comercio mental? Si esto es así, venerable, los defectos que atribuyes al mundo en la explicación consecuente de sus fenómenos, ¿no pertenecen de modo exclusivo a la lengua, que es un simple convencionalismo simbólico, sin entidad real?

P.—Los convencionalismos, hijo mío, son trascendentes manifestaciones de la naturaleza, y tienen su íntima conexión con todo. ¿Podrías forjar un convencionalismo fuera de los talleres del mundo? Pues mira, Suetonio, si la unidad pura, tal como la he definido, no existe en la lengua, jamás sus símbolos convencionales serán consecuentes consigo mismos. Y entonces, ¿por qué estamos necesitados de expresar realidades consecuentes del universo, con símbolos contradictorios por naturaleza? Y la mente se mueve a base de símbolos, de la vasta lengua simbólica del espíritu.

S.—De manera que mientras el espíritu no esté capacitado para trabajar sin el concurso de los símbolos, ¿habrá de estar reducido por fuerza a la aceptación de la verdad contradictoria que enuncias, Paulino?

P.-¿De qué otro modo solucionarías la di-

ficultad?

S.-En verdad, no lo sé, venerable.

P.-Pero si no estuvieses conforme con la solución de tu maestro, anda a los arsenales de la ciencia, o del arte y la filosofía, y traeme la más infima verdad consecuente, de modo absoluto, que haya adquirido la historia. Así tornamos los papeles: estoy en el perfecto derecho de exigirte la demostración opuesta. Me traerás acaso una fórmula química por la cual un fenómeno está obligado a manifestarse de un cierto modo consecuente? ¿A quién se le presentará el fenómeno en idénticas circunstancias que a los demás? Se necesitaría que todos fuesen uno mismo, permanentes, en un solo momento, en un solo medio invariable. De lo contrario el fenómeno se manifestará de modo semejante en las diversas oportunidades en que se observe; o desde sus puntos de vista diferentes en el mismo instante en que ocurra. Mas ¿puede ser, por otro lado, consecuente consigo un fenómeno que es divisible y cuyas partes diferentes no se sabe en qué punto se unen, ni cómo se unen, puesto que toda unión implica un contrasentido consecuente?

S.—Y, ¿para qué sirven entonces las leyes de la dinámica, y de la química? ¿No se construyen locomotoras útiles y drogas prontas a extirpar las enfermedades? Si no se repitiesen los fenómenos en el mismo sentido en que

son descritos por las fórmulas ¿no estaríamos en peligro de perecer a cada momento en

virtud de falsas aplicaciones?

P.—Escucha, Suetonio. ¿Piensas que las oscilaciones de variación habrán de ser siempre perceptibles a todo el mundo? El margen de las variaciones es infinito en un cabello. La droga aplicada a Camilo, quien tiene tal número y género de cualidades, variables constantemente, no reaccionará de modo idéntico en los intestinos de Numa. ¿Piensas que la matemática locomotora no lleva un infinito de variaciones visibles, en cada milímetro de su duro organismo metálico? ¿Querrías que al variar así todas las locomotoras se descarrilasen?

Grato es para mí, oh Suetonio, que hayas conducido mi discurso a la exactitud consecuente de las ciencias concretas: ningunas más aptas para el anális de los problemas metafísicos.

S.—Tu me has impelido a ello como si persiguieses únicamente los problemas más dificiles, y fuesen, oh maestro, las dificultades mayores, los más poderosos surtidores de tu elocuencia.

P.—Hijo mío, se hace tarde, y preciso es dejar para otro día el examen de las otras grandes unidades. Basta por hoy haber analizado el valor de la unidad primitiva del ser. ¿Te es grato el rumor de la fuente? Pues quédate, hijo mío. Tu anciano maestro descenderá la dulce vereda en una vaga contemplación...

S.—Espera, maestro. La voz de la fuente es grata a mi espíritu. Pero tu compañía, oh venerable, en el silencio enseña las musicales idealizaciones de una fuente nueva, más fresca y más clara. Aguarda, maestro...

> El sol asciende como un Sumo Pontífice. Las quillas cortan el agua, luminosa, como peces enigmáticos. Paulino, del brazo espiritual de Suetonio, desciende, como una estampa beatífica, a orillas del arroyo,—mística y evocadora. Soplan tumultuosos los vientos africanos del sur.

CUARTA JORNADA

La luna está prendida en el cielo como un relicario. Las estrellas parecen pupilas errantes. A ambos lados de la calleja central del jardín, las blancas estatuas, demasquinadas de la temblorosa luz del cielo, parecen místicas ilusiones nocturnas: y las hiedras que las abrazan, exóticos arabescos esculpidos en altos relieves sobre las blancas formas de mármol... Las voces de Paulino y Suetonio emergen de la glorieta de juncos, como voces misteriosas de los espíritus... Y pueblan el jardín recuerdos seculares de las remotas civilizaciones.

Suetonio.—Virtuoso maestro: ¿no sientes el espíritu adormecido por un vago recuerdo de remota efervescencia de almas? Singular es la noche en este viejo jardín que ha sido viejo testigo de extraordinarias escenas: escenas infantiles de nobles infancias; escenas de odios y de amores románticos; seculares escenas de santos varones y satánicos caballeros, de pajes y esclavos.

Paulino.—Sí, Suetonio: evocadoras son esas regias estatuas; evocador el céfiro, al rumor de las frondas; y el aroma de las flores y los tallos resinosos, evocador como el aroma de un viejo incensario de un templo universal. ¡Se siente este jardín como si fuese un asilo de espíritus de caballeros, damas y esclavos! Y la voz de cristal del agua se esparce en el alma como un sahumerio. ¿Oyes sus cristalinos suspiros? ¡Bendita sea la divina sabiduría del mundo!

PAUSA

S.—¡Despierta, maestro, de ese hondo sopor, despierta! Me da miedo contemplarte así. Parece que se desprenden las partículas de tu cuerpo y desaparecen luego por los cálices y las frondas. Y siento un vago estremecimiento en la médula de los huesos...

Paulino se incorpora, lívido, como una escultura de cera. Se oye la monotonía de los surtidores como rezos de ánimas en un templo solitario... Y dos lágrimas tiemblan en los ojos latinos de Seutonio. Después, leves sonrisas místicas, se dibujan, una frente a otra, en la penumbra de la glorieta. Hay fugaz rumor de alas agoreras...

P.- Te decía, Suetonio, en la jornada última, que hablaríamos de las grandes unidades posteriores a la unidad del ser. Siguen las de la ciencia ética: la del bien y la unidad

36

del mal. Han circunscrito los moralistas las leves de la ética en determinadas normas fijas? ¿Ha resuelto la religión el problema de la extraña creación del mal? ¿Es suficiente la existencia del bien para justificar el pecado y el dolor de los hombres? ¿No se ha llegado al exceso extremo imaginando el mal eterno para castigo de un pecado finito? Si las unidades del bien v el mal hubiesen sido, junto con las dos subsiguientes unidades del placer y el dolor, determinadas, la eterna complacencia de los números, equivalentes de modo absoluto, no produciria consecuencias irregulares: el mal jamás sería complemento de relación del bien, porque, la absoluta unidad es solitaria y única, y no tiene conexión posible con nada. Y si el bien y el mal son múltiples, ¿en qué punto una parte del bien y el mal dejan de ser ambas cosas por entero? ¿En qué punto el todo de uno y otro no contienen las condiciones totales y particulares que las distinguen de él? Bien y mal son dos palabras múltiples que pretenden determinar múltiples significados, Suetonio.

S.—¿Son otros dos abanicos cuya unión se ignora, y cuyo apartamiento también se ignora, con dos simples símbolos que los determinan en el espíritu? ¿Dos abanicos que no son dos sino en virtud de una licencia gramatical? ¿Y qué podrían llevar en cada una de sus varillas infinitas un nombre que determine esencias totalmente distintas? ¿Tan distintas como dos universos distintos? Es asombroso, maestro. ¿Y cuántas combinaciones éticas pueden sufrir estas infinitas varillas? ¿Se puede ser, entonces, malo, bueno, una entidad situada más allá del bien y el mal; otra más acá; otra, todavía,

situada más allá y más acá de estas; y así hasta el infinito? Jamás la mente humana ha imaginado mayor complejidad ética; jamás lo sospecharon los hombres, joh maestro!

Ahora comprendo cómo te atreviste a circunscribir la historia del espíritu humano, en su inmenso conjunto, dentro de una sola

época incipiente y preliminar.

P.—Lo vas entendiendo todo, singular Suetonio, ¿Podrías hacer una aplicación astronómica del mismo principio de multiplicidad diferencial?

S.-¿Te refieres a la monotonía de los sistemas solares, repetidos hasta lo infinito, sin mas diferencia que la de los tamaños, sometidos a idénticas leyes y a idénticas formas correlativas? Sí, es indudable. El mundo no puede ser tan monótono; es preciso que las mismas leves de la armonía de formas y contenidos sean particulares manifestaciones del mundo, infinitamente vario. Más allá de los soles y sus satélites hay otras esencias distintas, a las cuales corresponden otras ciencias superiores, o inferiores a éstas. ¿Por qué hemos de pensar que la forma más perfecta del universo es la esfera? ¿Porque nosotros no conocemos otra superior? El hombre es la medida de su comprensión; y no eleva su entendimiento sino en su propia naturaleza humana, limitada y siempre egoista. Y sin embargo no encuentra el hombre mayores revelaciones a medida que avanza en sí mismo? Preciso es conformarse con nuestro antropocentrismo crónico v natural; pero también hay que ampliarlo.

P.—Suetonio, ¿ves romperse ahora los límites de la filosofía, el arte y la ciencia contemporáneos? ¿Qué hicieron esas ciencias, rígi-

das, esos taxidermistas de los fenómenos universales; qué se hicieron las momias del arte? Hijo mío, el mundo es infinito. ¿Cuántas veces se ha dicho esto en la historia? Y sin embargo el sentido de esa palabra jamás será comprendido. El infinito es una inmensa espora que sorprenderá siempre por sus frutos inesperados. ¡Me estremezco al pensar que estas mismas palabras son una oscura clasificación del infinito...!

S.—Y, por consiguiente, ¿jamás se llegará a saber lo cierto? Así vana es toda especulación, Paulino.

P.—Si los hombres han especulado, y siguen especulando, no es por vano capricho. ¿Podríamos pensar en la vanalidad del mundo? No importa, Suetonio, que el hombre no esté en condiciones de explicarse todos los resortes que mueven sus facultades, si éstas existen y se ejercitan. ¿Pues no es el hombre la misma naturaleza? ¿No es un maravilloso enigma cuyas manifestaciones siempre están proporcionales al todo? No encuentro otra cosa mejor que especular y por eso me ejercito en la especulación. ¿Quién me inculpará?

S.—Pero, ¿te han desviado mis palabras, maestro?

P.—Ahora, hijo mío, siguen las unidades de la verdad y el error. Hay una palabra que ha ocultado siempre la multiplicidad ilimitada de lo verdadero y de lo erróneo: lo relativo. ¿Qué es una verdad relativa? Una verdad que para el mundo es un error absoluto. Y un error relativo es aquel que es una trascendente verdad. ¿Por qué estas consecuencias híbridas? El mundo no puede tener errores ni verdades a medias, Suetonio.

Mas, por otra parte, ¿es posible el error en el mundo? ¿no se manifiesta todo rigurosamente? Esta segunda dificultad sería admisible si el error fuese una unidad absoluta. ¿Cabría confundir una cosa que no tiene caracteres semejantes con nada? Aun más: ¿está capacitada la unidad de la razón para contener, sin dejar de ser simple o indivisible, la unidad del error y la unidad de la verdad, y para el propósito de juzgar si sus objetos son verdaderos o erróneos? ¿Qué identidad o semejanza podría existir entre unidades y objetos múltiples?

S.—Y sin embargo, ¿a qué aspiras con la elocuencia de tus discursos? ¿No es a la verdad?

P.—Busco lo que debe buscar en potencia mi espíritu: no la verdad *una*, como parece exigirlo su determinación simbólica en la lengua.

S.—Continúa, maestro.

P.—Amigo Suetonio: quisiera vivir en esta glorieta nocturna, contigo, en eterno momento espiritual. Sin embargo, el infinito mundo es soberbiamente múltiple, y nos obliga a una múltiple peregrinación que jamás termina. ¿Sonríes? ¿Piensas en la unidad de la muerte? Lo he comprendido.

Pero ya las sombras se arropan en las matas, los surtidores y las blancas estatuas de mármol. Y la luz de la luna juega al escondite, tras las nubecillas gentiles. ¿Lo ves, Suetonio?

S.—Dulce maestro: ¿por qué tiñes tu alma de esa blanca nostalgia? ¿Y luego, insinúas, espiritual, la eternidad múltiple de la vida?

P.—Hijo mío, ningún sentimiento es incompatible con los demás. ¿Entiendes por qué pe-

can las religiones consecuentes de estrechez en sus medios y finalidades? ¿Qué ofrecimiento consecuente pueden hacer los templos a la virtud y el vicio? Por todo verás dilatarse ahora el horizonte del conocimiento. ¿Pero no es tarde ya, hijo mío?

S.—¡Oh, maestro!

Paulino y Suetonio, descienden, pausados, la escalinata de mármol. Y se ocultan por la enramada sacerdotal y enigmática, en los recodos espirituales de la vereda. El jardín parece un oscuro blasón latino...

QUINTA JORNADA

A orillas del lago, la quinta romana, como un santuario. Las columnas de pórfido, en el corredor, como adustos monjes con rosarios de enredadera en las redondas cinturas charoladas...; Desde el jardín llega un suave orar de fontanas! Dos leones africanos de mármol, resguardando la escalinata, de cara al horizonte enigmático. Lejano remar de líricas velas...; Y hay un susurro de frondas cabalísticas...!

Suetonio, de pie sobre la escalinata, esperd al viejo maestro, inquiriendo, con la mano sobre los ojos el camino de las velas, lejanas. La túnica se le pliega en las piernas, a impulsos del céfiro patriarcal.

Suetonio.—Dame la mano, venerable; la barca oscila y puedes caerte. ¡Abisinio, ayuda al maestro!

Paulino.—Escúchame, hijo mío; nos retardó un pequeño accidente. Se me calló el anillo

en el remanso, frente a Pompilio. No lo pudimos sacar. Algún pez de cristal se lo tragaría. De seguro que si pudiese nadar hubiese perseguido a esos voraces transparentes... Decía mi abuela que tenía añejas virtudes: sin duda era virtuoso mi anillo; ¡lo cuidaba tanto en recuerdo de mi legendario abuelo!

S.—Me tornaré pescador, viejo maestro. Y convocaré a mi red a todos los peces del remanso. Mas, ¿qué me darás a cambio del anillo,

Paulino?

P.—Mi hija menor, Suetonio. Y las carnes de cristal del pez constituirán el plato cabalístico de la boda...

El rubor se prende de las mejillas de Suetonio como una flor de sorpresa. ¡Paulino lo sabe todo!

Momentos después, ambas siluetas se sientan, espirituales, en el fondo amplio y feudal del corredor, bajo un rudo ramillete de espadas...

Cambia el asunto de la conversación; y se oye un eco de voces metalógicas...

P.—Siguen, despechado Suetonio, las unidades trascendentes de la negación y la afirmación; estas son las que más interesan mi instinto, porque son, precisamente, las que se emplean para juzgar de la materia que se ha creído preliminar en la historia entera de la filosofía: de la existencia o no existencia, de la verdad o el error de los fenómenos. Primero se ha determinado la afirmación o la

negación de un objeto; después se ha discurrido acerca de sus cualidades, buenas o malas; y luego, de la excelencia de la actitud que se debe asumir ante su total determinación y los medios de asumirla para la finalidad práctica o teórica, determinada con tal o cual propósito.

Los fenómenos son o no son, se afirma. Pero ¿con qué objeto es preciso que la negación sea una unidad independiente susceptible de ser afirmada? La unidad absoluta exige que lo que es se pueda afirmar; y lo no determinado, la nada, que no se pueda afirmar en ningún sentido. Entonces, la negación para la razón consecuente es inútil. Lo que es consecuente, la unidad, no necesita de ningún parangón posible en el Kosmos. Descartada así la unidad de lo no existente, queda, todavía, la afirmación, única, indivisible y, sin embargo, aplicable al infinito de diferencias que constituyen los objetos universales. ¿No es esto una evidente inconsecuencia? Pero todas las lenguas contienen, en cada uno de sus términos, la misma dificultad; y la razón misma es la más caracterizada y singular de las contradicciones. Suetonio.

S.—¿La afirmación y la negación determinan, pues, reales existencias múltiples? ¿La primera corresponde a un género de existencias; y la segunda a otro género? ¿Y ambas constituyen otros dos abanicos que no se sabe en qué punto se juntan, y en qué forma se prolongan hasta lo infinito? En consecuencia, una razón consecuente es un instrumento incipiente del espíritu, una forma bilateral dogmática de apreciar los fenómenos.

P.—Y, en verdad, ingenioso Suetonio, la razón infinita es un poliedro infinito. Los fe-

nómenos no sólo residen en la dualidad del ente contradictorio que he descubierto en todas las esferas del conocimiento: la filosofía del porvenir, desenvuelta por capacidades que no sospechamos siquiera, circunscribirá a la negación y la afirmación, de la segunda gran época de que te he hablado ya, hijo mío, en multitud de formas análogas y, aún diferentes, de modo extraordinario. ¿Comprendes cómo la razón del porvenir llegará a apreciar el mundo? ¡Sólo el haber rasgado el velo de la vestal del porvenir me causa vértigo! ¿Qué me ocurriría si la viese desnuda?

Suetonio, Suetonio: es necesario que las palabras, copas que son abismos, reciban, cada vez más, nuevos tributos de significado. ¿Logrará reunir el mundo suficientes conocimientos para llenarlas? ¡Quién sabe! Dulce Suetonio, ¿habrás aprendido conmigo, siquiera, a dar mayor significado a la palabra infinito? ¡Cuánto contiene esta palabra en mi espíritu, y aún está vacía, oh Suetonio!

S.—¡Paulino!

PAUSA

Pasa un velero frente al palacio. Los faroles del barco alumbran la escalinata. ¡Fleta un vago rumor de flautas...! En vasta concha simbólica tirada por dos coleópteros esmeralda, Suetonio y su maestro viajan, taumaturgos, por el éter. ¡Y mariposas y libélulas de cristal escriben profecías apocalípticas por la senda florecida...! Un esclavo. -Señor, el vino.

S.-Maestro, una copa de vino.

P.—Media copa, no más, hijo mío. Es ambrosía este vino. Más me gustara en las mismas uvas. ¡Es tan lindo su color glauco o tinto...! En los racimos la dulce embriaguez del vino me entra por las pupilas. ¡Me tiembla el cristal en los labios, Suetonio!

S.-Un racimo, esclavo.

E.--Pronto, señor.

P.—Apretado racimo de ópalo, este, hijo mío, ¡Que turbio y simbólico!

S.—Maestro, ¿estás cansado? Cuando quieras

dormir avisame, Paulino.

El maestro se retira al aposento destinado a sus sueños trascendentes. Suetonio le mira, familiar y sumiso, bajo el ramillete de espadas. Y después, en el silencio de la noche, Paulino y su hija, Leuconoe, se esculpen en su corazón como en un escudo: el amor terreno y la sabiduría patriarcal.

LEUCONOE

II

METAFÍSICA DEL CONOCIMIENTO

PRIMERA ESTANCIA

Suetonio duerme en la ribera. Y el azogado espejo de las aguas quiebra la plata sonora del alba... A lo lejos, en la otra ribera del lago, tras la bruma en flor, las vagas siluetas de romanas arquitecturas.

Paulino.—Suetonio, ¿duermes? Apenas distinguí el apasionado acento de tu voz. ¿Soñabas? Recitabas versos de Virgilio. ¡Pastorales estrofas me pareció escuchar de tus labios, Suetonio!

Suetonio.—¡Lo advertiste, padre mío! Recitaba unos cantos que me enseñó una aldeana esclava, mientras pacía su ganado en la falda de un cerro. Los mismos que recité en tu casa aquella tarde....

P.—Estaban con nosotros mis hijas. ¿Te acuerdas? Sí, sí, hijo. Hermosos versos de amor que repasan, melancólicos, mi álbum de viejas memorias. Sí, sí; pobre pergamino empolvado que desempolvan los añejos versos clásicos.

S.—Me arrepentí después de haberte hecho remover los recuerdos, como bandada milenaria de palomas bíblicas. Eres, maestro, el marfil de una harpa, que se conmueve al más suave rumor de la memoria.

Después se alejan ambos por la senda que cruza bajo las frondas de Oriente.

P.—Caminemos despacio por esta larga senda. ¿Había prometido hablarte del conocimiento?

S.—Sí, Paulino. Deseo escuchar de tus labios la explicación de los más trascendentales de esos valores, en forma tal que clarifique en mi espíritu dudas y soluciones cuyos motivos, actos y propósitos desconozco y quisiera dilucidar en mi con entera evidencia.

P.—Preciso es que te explique cómo ha sido entendido el significado en si de la palabra conocimiento; y los recursos con que se le ha logrado atribuir tal o cual acepción determinada.... En segundo término conviene enderezar el entendimiento hacia los grandes errores que la época consecuente de la filosofía ha aceptado en calidad de fundamentales principios para especular la realidad o no realidad de los movimientos interiores del alma o las actitudes generales del mundo.... Después, sentar los reales principios convenientes a la segunda gran época de la razón humana: la del raciocinio inconsecuente e inarmónico.

S.—¿Significado en si has dicho, Paulino?¿Hay cosas o fantasmas existentes fuera de si mismos?

P.—Esa es, Suetonio, una expresión que supone multitud de contradicciones fundamentales cosas fuera de sí mismas, en primer lugar. En segundo término, subordinado a la no existencia de seres fuera de sí mismos, la contradictoria usanza de un estado de alma contradictorio y de vasto empleo en los espíritus: cosa en si misma como idea y como simbólica expresión de una lengua congruente, es estado de ánimo

dos veces concreto: la primera en el espíritu. la segunda en la palabra. Pero se ha pensado v se piensa sobre las cosas en si, lo mismo que en la nada y sus derivados ideológicos: el error, los fenómenos antiestéticos, la regresión. la desintegración de los seres en relación con sus cambios ascendentes, etc. ¿No es, hijo, contradictorio hablar de la nada, de la creación y disolución del ser en sus cambios regresivos y progresivos? ¿Quién afirmará lo contrario? Sin embargo no se podrá prescindir, con el simple recurso de la actual potencia de espíritu, de las ideas que representan esas palabras simbólicas. Y, la cosa en si chabria de ser excepción? Es imprescindible y contradictoria, Suetonio.

S.—Esa expresión, maestro, la nada y sus derivados, ¿es compleja?

P.—Son tales los derivados porque la nada entra en función de todos: la potencia espiritual que niega es cosa común a la «idea del cambio». Y el error es maquinaria que acelera su engranaje en el vacío. Absoluta negación del conocimiento armónico.

¿Qué es la actividad antiestética? ¿La afirmación de la belleza? No. Negación, contradicción. ¿Las energías regresivas? Regresar es dejar en la nada y asumir nueva existencia. Cosa negativa, contradictoria. Lo que se deja en la nada ¿se deja en parte alguna, dentro de la filosofía consecuente?

¿Y el progreso, espiritual Suetonio? Es dejar de ser de una realidad para objetivarse en otra superior; anonadar las formas cósmicas de una existencia para extraer de la nada absoluta nuevas formas. La doble negación para el resurgimiento de un milagro: el milagro de la creación pura, divina. ¿Qué ignota parcela del

espiritu es consecuente?

¿No te he afirmado, hijo mío, analizado y demostrado, satisfaciendo las agudezas de tu inquieto cerebro positivista y ligero como una sombra, que no hay examen capaz de dar otro género sustancial de resultado? Mas el prejuicio tiene honda raigambre, como un roble.

S.—Y, en las esferas del conocimiento armónico ¿cómo habría de ser en si la entidad?

P.—*Una*. Fuera de los atributos variables y múltiples del tiempo, el espacio y el ser. Y por tanto contradictoria en absoluto. ¿Ahora comprendes, hijo, como el trascendente problema de la unidad absoluta puede ser un principio razonable de examen del conocimiento?

S.—Si, si, venerable maestro. ¿No existe, pues, conocimiento, fuera de la cosa en si, para la razón consecuente? ¿Y, por lo mismo, son cosas en si: 1.ª) las ideas; 2.ª) las sensaciones; 3.ª el mundo exterior y el interior; 4.ª) el error y el mal; 5.ª) la nada; 6.ª) el prejuicio y el dogma? ¿Y tienen, acaso, por ley común, el universal carácter en si de los fenómenos: una contradicción en si, Paulino....?

P.--Y lo que no es en si encierra contradicción de segundo grado, es decir, una contradicción que puede ser sustituida por otra más natural: de primer grado. Porque las más asequibles a la humana preparación de los espíritus, pulcro Suetonio, son las más sencillas, las más prácticas, por más que todas las contradicciones, o pensamientos, de todos los hombres en todos los tiempos y circunstancias, se impongan en el carácter de realidades absolutas del mundo, puesto que han sido objeto de preparación divina.... ¿Entiendes?

S.—Tu pensamiento, magistral Paulino, es amplio como una llanura sin bosques, sin horizonte, sin fin.... Consecuente e inconsecuente. en rotunda amalgama; activo e inactivo, incomprensible, como un vago ensueño y, a veces, concreto como las frondas de ese árbol y las aguas tranquilas del lago.... Por los dioses ¿se intentará explicar la ecuación infinita del mundo con palabras, con sentimientos e ideas humanos y finitos? ¿Por qué y para qué? La historia, dentro de la razón consecuente, se niega y se afirma sin alternativas posibles, en un mismo lugar y a un mismo tiempo....; el mundo es objetivo y subjetivo, uno y vario, activo e inmóvil; el pensamiento, uno y fluyente como ese chorro de agua. ¿No están los pulmones predestinados a una variable función, y múltiple, para asimilar un gas inmensamente vario y variable y, sin embargo el mismo, puesto que la predestinación se ha realizado conforme una cierta finalidad que llega a satisfacerse como si fuese conocida de antemano, en toda su extensión y plenitud? ¿Esa es tu senda?

P.—Sí: una, varia y variable; una senda infinita.... ¿Se acaba el mundo acaso en la Tracia? ¿Abarca el astrónomo con su mirada, el curso de todas las esferas? Más allá en lo objetivo; más allá. Más cerca de mí mismo, infinitamente.... En medio, mucho más enmedio: aquí. Y después del principio y el medio y el fin, otros principios, otros centros, otros fines.... He aquí el mundo y he aquí mi senda....

S.—¡Maestro dulcísimo! ¡Se ha roto el manto en tus espaldas y tus alas elásticas y blancas se agitan en un mundo extraño, desconocido....!

P.—¿Qué exclamas, hijo? Todos somos inmensos, hijo mío.... El espíritu universal habrá

de enseñarlo a lo largo del tiempo y del espacio; y más cerca y más lejos aún que nunca, fuera del uno y el otro.

Pero no oigo ya el tintineo de las esquilas. La voz de las pastoras no se oye.... Y este silencio del bosque tiene un vasto rumor de lejanía....; Tórname a casa, hijo!

Es un bosque; y en el bosque cruza una senda. Los tallos de cristal y de oro están erectos como si no hubiese la más suave irrupción del viento... Silencio, un silencio romano. Y las filtraciones del sol bordan finisimas flores de luz en la senda. La aristocracia de las dos siluetas exorna con magistral arrogancia un sentimiento de universal retorno.

... Se oye, brusco, el revuelo de un águila, sobre el bosque...

SEGUNDA ESTANCIA

En un rincón del jardín. El recodo de una fuente... Bajo las parras cargadas de transparentes racimos, Suetonio escucha al maestro en el asiento de mármol blanco... Leuconoe, como un espíritu, se confunde, en el fondo del jardín, con las estatuas blancas...

Hay temblor de cipreses sobre la fuente, parlera y cristalina.

Paulino.—Habías entendido, Suetonio, que la entidad en si no es sino la unidad absoluta.... Y que, esta unidad, en la razón consecuente, no existe. ¿Comprenderás, así, que para esa razón el conocimiento es contradictorio? No podrá ser una unidad pura un conocimiento vario de infinito género de fenómenos universales. ¿Es contradictorio? Mas suponiendo, como es en efecto, que al decir conocimiento esa filosofía simboliza un todo armonioso del espíritu, se salva, en parte, la dificultad fundamental de esa contradicción primera. Pero vienen nuevas dificultades que no ha podido evadir el hombre, hasta estos precisos momentos de la historia.

Las acepciones del vocablo conocimiento son diversisimas en la historia de la filosofía. Aqui

sería suficiente analizar las principales por su generalidad y por su uso. Servirán a nuestro propósito de reconocer las expresadas dificultades.

Conocer ha sido adquirir ideas sobre fenómenos interiores del espíritu, o exteriores, ideas que esos fenómenos imponen de un cierto modo a la conciencia humana, y que establecen entre uno y el fenómeno, inalterables relaciones que costituyen para los autores de esta hipótesis, la realidad absoluta: es, pues, en tal caso, el conocimiento, la resultancia de relaciones de una cosa inteligible con otra inteligente.

Suetonio. —¿Y ese efecto de relaciones es lo que se ha denominado de modo implícito o ex-

plicito, cosa en si?

P.—La inarmonía es clara, como esa fuente. El conocimiento, así, no es más, en cada caso particular, que una multiplicidad, o un término de multiplicidad distinto al resto del mundo y cuyas partes son también diferentes del todo. ¿Pero en qué forma se armonizan las diferencias? ¿Es que tienen un fondo de identidad que las une contradictoria y milagrosamente, en un todo uno y vario, a la vez? Sólo hay una cosa en verdad consecuente en el mundo: la unidad única, pura y simple. ¿A dónde irás a encontrarla, Suetonio?

S.—No en la filosofía consecuente, padre. Mas ¿por qué no en los arcanos de tu sistema, que admite todas las existencias imaginables, si la unidad ha sido imaginada por tantos hom-

bres?

P.—Suetonio: lo que no se explica el filósofo, aunque obre de modo potencial en su espíritu, no le pertenece en la historia de la filosofía.

La acepción antedicha de conocimiento es vana en nuestro ilimitado sistema....

Esa es la más vulgar de las acepciones. Dos más ha habido que han supuesto la realidad, la primera en el mundo objetivo, la segunda en el mundo interior. Pero, además de contradictorias, tienen marcado carácter de exclusivas. Si hubiese en realidad esos dos mundos, el noumenal y el fenomenal, correspondientes al espíritu y la materia, respectivamente, apor qué preocuparnos con el afán de dominar con la inteligencia la materia exterior? ¿Por qué esa necesidad de construir con la mente los planos de un templo de piedra? Efectivamente, el conocimiento exclusivo es una forma cósmica inferior al talento humano: es de otra esfera. Pero esos dos mundos supuestos se necesitan, no son dos, son un conjunto infinito. Son esencia....

S.—¿Y la forma, maestro?

P.—Es esencia. ¿Quién ha explicado dentro de la filosofía consecuente cómo y qué es el nexo de la forma y la ley? Absurda es la separación de fenómeno y nóumeno, de esencia y forma, por más que la forma jamás haya sido reconocida como valor concreto y universal. Esa es adquisición bien peculiar de mi sistema. Se afirma por primera vez que la forma es esencia; y yo lo afirmo.

Por lo mismo a la fórmula científica que afirma: «la forma pasa, la esencia queda», opongo esta otra: nada pasa, todo es esencia. Y esto en la esfera de la filosofía armónica, porque la primera síntesis sólo es útil a otras

comprensiones o esferas inferiores.

S.—¿Y qué dificultades encuentras a la exclusiva explicación idealista o subjetiva del mundo, además de su exclusividad? P.—El todo concebido como ideal cósmico suprime, al carácter concreto de la denominada materia exterior, su virtud propia y trascendente: es una forma de tiranía, de imperialismo propio a circunscripciones mentales inferiores. ¿Con el mismo derecho no podrá proclamar el materialista contemporáneo la extinción de las formas internas, la irrealidad ideal del espíritu? Y tal separación, tal exclusivismo, hemos visto que existen, y han tiranizado las manifestaciones interiores y exteriores del hombre: es necesaria otra explicación para otra época y sus facultades propias: para la época de la contradictoria razón del espíritu....

S.—Por tanto gel conocimiento no es ni sólo

subjetivo, ni sólo objetivo?

P.—Pero hijo, siento que tiembla el crepúsculo, en mis nobles retinas... Las voces del agua, espirituales, se alejan por el jardín tranquilo, y cantan sus cascabeles de sonoro cristal.... ¿No nos llaman los vientecillos de la tarde al viejo salón de mi nobleza? Allí dormitarán mis ojos; y repasarán, mis alas interiores, las lejanas regiones del recuerdo.... ¡Levántame hijo!

> En la estatua del recodo tranquilo de la fuente, sobre sus albos hombros iluminados, dormita un cuervo como recostado en pulido marfil de la India...

> Paulino y Suetonio, despaciosos, entre la luz de la tarde, se alejan por la dorada senda. Y Leuconoe, allá, en el fondo lateral del jardín, los aguarda, con cincelada bandeja de plata en las lindas manos, sobre la última grada de la escala...

TERCERA ESTANCIA

Los lotos tiemblan sobre las aguas. Y los bordes del estanque, de mármol blanquísimo, palidecen bajo la luz de la luna entristecida... Sentados, Paulino y Suetonio, en los mármoles, parecen dos siluetas milenarias.

Acentúanse, cada vez más, las sombras imperiales de las viejas estátuas y los viejos cipreses.

Suetonio.—¿El conocimiento no puede, pues, circunscribirse en lo ideal ni en el mundo objetivo, puesto que no podrá determinarse hasta qué punto preciso e inconfundible se separan la materia y el espíritu? ¿Cabría conformarse, entonces, con un conocimiento intermedio de los fenómenos generales?

Paulino.—Propones, Suetonio, para sustituir otros, un nuevo exclusivismo. En idéntica forma ha avanzado la historia de la filosofía...

En estos instantes se escucha, en la tranquilidad de la noche, la melodía de las flautas lejanas...

¿Oyes la voz de las flautas? ¡Silencio....!

...El cielo se oscurece de súbito, y, el mundo, parece confundirse en exclusivo temblor de melodías y de tinieblas trascendentes... Escúchase la persistencia de las flautas.

¡Sí, Suetonio! Tras la luz de la luna suele venir la espesa tiniebla del arcano. ¿Escuchas las flautas? Más tarde te parecerá oir su cadencia pastoril como tosco ruido de antiguo tronco de árbol que se desploma en el bosque....

La historia ha recorrido, en la inextricable sucesión de armonías y ruidos de esta selva del mundo, tres capitales esferas: la idealista, la materialista y la esfera del viejo dualismo. Esta en contradictoria amalgama circunscrita dentro de la razón consecuente. El alma rige en su órbita como entidad eterna; y, para unos, la materia lo mismo, en parte; para los más, pasajera ilusión, asume una forma y la pierde en una muerte cuyos secretos y correlaciones no se explican. Mas en todo hay falaz predominio de exclusividad.

S.—¿En qué consiste lo contradictorio del dualismo?

P.—¿No se divide el conocimiento, que es uno, en dos formas y, por lo tanto, en dos diversas esencias? El grosero amasijo de esa creencia, Suetonio, es, así, radicalmente contradictorio y nulo en relación con la filosofía consecuente, quiero agregar, con la filosofía de todas las épocas profusamente historiadas.... Verdaderos sofismas son, en consecuencia, las anteriores tres formas del conocimiento. ¿En qué sitio inhospitalario han puesto, los filósofos,

su atención, que no lo han descubierto y denunciado? ¿En qué sumidero de torvas y falaces arenas?

S.—¿Cómo te explicas semejante fenómeno de absurda estrechez, venerable filósofo?

P.—Acostumbrado el hombre a juzgar joh Suetonio! con exclusiva atención, los resultados de la razón sentimental—que no es sino la actividad cognoscente de la múltiple intuición del espíritu-y los resultados de combinación de las ideas, hasta muy tarde hubo, en esta primera gran época del pensamiento-la de la filosofía consecuente—quien se preocupase por examinar, no los resultados de la razón total, sino las leves que en sí la constituyen y los recursos múltiples de sus operaciones. Y en el examen se condujo esa atención, no a la razón integra—emotividad y movimiento ideológico, sino a la exclusiva razón ideal, ignorando casi por completo la razón intuitiva, que tiene particular mecanismo, sus premisas, sus combinaciones, complejas y elementales, y, por último, sus consecuencias. Que tiene expresado en forma categórica: silogismos; comprobaciones; y todos los estados similares, en su terreno, a los estados de la razón ideológica.

Pero al hacer examen del raciocinio exclusivo de las ideas, fuera de sus resultados; han quedado sin analizar problemas fundamentalísimos: el del principio de la contradicción, como ejemplo típico. ¿Quién lo ha examinado, gentil Suetonio, con el rigor y la simplicidad filosófica de mi sistema? ¿Quién ha creído y afirmado la existencia de un mundo que existe y no existe al mismo tiempo, en un mismo lugar contradictorio? Todo el mundo ha estado concorde en

negar semejante inconsecuencia.... ¿Quién no lo ha estado?

Yo afirmo que no hay radicales evidencias. Y, la evidencia que niega el mundo inarmónico, es una nueva falacia del espíritu que ha reducido y menospreciado la ilimitada grandeza y multiplicidad del universo.... La evidencia de este principio ha sido el argumento fundamental de la pretenciosa filosofía consecuente; una

negación de profundas posibilidades.

Sí, hijo mío: he descubierto que si la razón no puede, al presente, llegar a finalidades en toda perfección armónicas, la forma fundamental de juzgar los fenómenos, como recurso de un nuevo conocimiento, debe variar y señalar una segunda gran época de las inquietudes cognoscentes del hombre.... Y si no se llega a nada consecuente enegaremos la presencia contradictoria y formidable del mundo porque se nos ofrece en mayor complejidad?

Por consiguiente hube de realizar un retorno hacia algo que no habían examinado los hombres, anteriormente, con toda profundidad filosófica. Y me detuve en ese simple principio, inexplorado, desconocido en sus formas más interesantes. Suetonio, así logré la ruptura de

la primera época....

S.—¿Y cuáles son los recursos psicológicos, oh maestro, con que se ha atribuido las tres

formas de acción al conocimiento?

P.—Los resultados de la acción mental y la orgánica, que no han tenido una necesidad trascendente de ser explicados con el objeto de regular la vida práctica del hombre. Se construye, por ejemplo, una maquinaria. ¿No es la idea, es decir, una relación simple del espíritu con la materia prima de construcción, la que

arregla y ajusta los más complicados engranajes? He allí el denominado conocimiento práctico, y mecánico, en particular. ¿Y en dónde está dicho conocimiento, en el mundo objetivo o en el mundo psíquico? En ambos y en no se sabe qué otros elementos trascendentes. No nos autoriza, ello, a definir, el conocimiento, con estrechos términos simbólicos, esto es, simplemente análogos a la materia definida.

En suma: en la filosofia consecuente, el conocimiento, para ser tal, habría de identificar en la conciencia el elemento ideal o el intuitivo, con el propósito psíquico o material a que se refieren la observación y la asimilación mentales. Esto es, perfectamente, si cabe, una fórmula contradictoria. Ya lo he analizado, en su correspondiente amplitud, Suetonio, en mis «Valo-

res fundamentales de la razón».

S.—Paulino ¿es decir que están agotados los recursos consecuentes para dar una definición

satisfactoria del conocimiento?

P.—Sí, en cierto modo, penetrante Suetonio. Porque la filosofía consecuente no ha recorrido, aún, toda su senda. No basta que la segunda época haya empezado para que la primera termine. Pero, llegará el momento....;Día llegará en que todas las definiciones sean incapaces de satisfacer las aptitudes armónicas de esa primera época!

A ambos lados de la senda, las blancas estátuas. Burilados como en moneda de oro milenaria, por el ensueño de la senda dorada a la luz de la luna, Suetonio y Paulino se alejan en patriarcal silencio...

Tras ellos, Leuconoe, como te-

nue sombra esbelta y fugitiva, ahogando de puntillas el ruido de las sandalias, en la arena... ¡Remueven las frondas los vientos seculares del Africa desierta..!

CUARTA ESTANCIA

El estilado arco de una ventana. A lo lejos... lentejueleando, la fuente... Y el sinuoso camino como una serpiente de polvo. Un águila vuela sobre el valle hacia la torva cumbre en éxtasis de la montaña. A ambos lados del marco de la ventana se insinúan, velando el paisaje en sus extremos inferiores, dos oscuras siluetas como placas de acero: Paulino y Suetonio. Y vibran, a los revueltos de aladas palabras trascendentes, las dos siluetas metálicas...

Paulino.—Ya lo ves, hijo. La filosofía consecuente ha omitido el extenso examen del principio de contradicción por el simple hecho de haberse parado en una evidencia. Debía primeramente estudiar, con mayor amplitud todavía, la evidencia misma. Habría descubierto que ninguno de sus fenómenos tiene principio ni fin absolutos y, por consiguiente, la claridad intergra del conocimiento. ¿Qué es, pues, la evidencia? Lo que hemos dicho: uno de tantos fenómenos espirituales: tan oscuro como los demás. No la absoluta unidad.

Suetonio.—¿Y por qué al pretender determinar la evidencia prefieres hablar de los princi-

pios y los fines?

66

P.—Como podría haberme referido a cualesquiera de todas sus cualidades múltiples. Pero, penetrando más en el sentido de mis palabras veamos lo que es un principio y un fin.

Para ser el principio y el fin exigen una representación extensa. ¿Y qué es esta representación, un punto o una línea? Por consiguiente habrían de estar limitados, a su vez, por nuevos principios y nuevos fines, en tal forma que negarían los segundos a los primeros fines y principios. Mejor no haber supuesto ni unos ni otros para evitar una negación reciproca de sus términos.

Todavía hay más: ¿en qué sitio de un punto o una línea el fin deja de ser fin y el principio deja de ser principio? En alguna parte; porque ambas entidades metafisicas exigen un nombre para una extensión fija y una. De lo contrario no hay verdad simbólica consecuente y la inteligencia se mueve en virtud de símbolos cuya existencia parece inequívoca. ¿A dónde

ir, pues?

Por otra parte, el principio y el fin significan una negación y una afirmación simultáneos -simultáneos si la filosofia consecuente no quiere contradecirse,-un no ser del cuerpo que empieza, porque de lo contrario ese cuerpo vendria desde el infinito (como ocurre en efecto): y un empezar a ser del mismo cuerpo. Así con el fin: un terminar de ser y no ser que finaliza la existencia del objeto.

S.-Entonces el principio y el fin son reali-

dades simplemente relativas.

P.—Pero Suetonio colvidas que no hay nada

en la filosofía consecuente que no tenga una rotunda y magistral realidad? El de la relatividad es un gran sofisma; sí, una marca de incapacidad en la frente de los hombres. Incapaces para encontrarlo todo inconsecuente, atan al suelo con círculos viciosos, con prejuicios, con engañosas satisfacciones, con los estragos de la sensualidad del espíritu, con la pereza y cansancio seculares de los pueblos, sus inmensas olas. Se impone la gran ruptura, hijo mio, para alcanzar otras esferas. Y ya lo he dicho: el día llegará, sí, el día llegará en que esta inmensa locura reventará en claridades como un sol después de un largo invierno....

PAUSA

El resplandor metálico de la tarde entra por la ventana. La montaña, apacible, parece un penitente de piedra... Las dos siluetas, después de un paréntesis de silencio, prosiguen el magistral coloquio como dos mensajeros de ultratumba. Y pasa, agorera, por entre ambas, una paloma negra...

S.—Quedamos, pues, en que el conocimiento existiría, en el sentido armónico, previa demostración efectuada de sus determinaciones: fines y principios. Y que estas determinaciones niegan, precisamente, la infinidad del mundo, que es una sucesión espacial y temporal de finitudes. Por lo tanto, o existe contradictorio o no existe.

P.—Naturalmente. Si el criterio de la infinidad es, o parece imprescindible, si tiene mayores probabilidades ontológicas que el de un conocimiento consecuente, finito e indivisible, impondrá al segundo su determinación básica contradictoria: el conocimiento será, pues, inarmónico. Y ¿en dónde hay criterio que más se imponga al espíritu y cuyos signos mentales parezcan más contradictorios que el de infinidad? Por esto es aceptado universalmente.

S.—Bien, Paulino. ¿Qué otros aspectos tan claros se podrían argumentar en contra del

conocimiento consecuente o armónico?

P.—Suetonio, cosa que ha preocupado muy singularmente la atención de los hombres es la determinación del *principio* o génesis del conocimiento. ¿En qué lugar y en qué momento aparece la primera verdad? Esta ha sido la

gran pregunta.

Las contestaciones son numerosas: a) el conocimiento inicial es una verdad revelada; revelada en el momento de una completa ausencia
de perfección, como instrumento para dirigirse
a ella. b) Es una verdad natural que la fenomenología del mundo hace descubrirse a si
misma y en sí misma, con el objeto de procurarse su propio desenvolvimiento: y aparece en
el espíritu en el instante en que los fenómenos
por sí mismos se han preparado a realizarla.

He ahí las principales respuestas. De estas se han desprendido numerosas de carácter adventicio. La combinación de los esfuerzos humanos y las revelaciones divinas en una emulsión

complementaria, por ejemplo.

La primera es contradictoria por los siguientes motivos: se supone la existencia imperfecta del hombre como una perfecta realización di-

vina que sin embargo necesita de un desenvolvimiento posterior. ¿Con qué propósito armónico

existe la creación imperfecta?

La segunda también inarmónica. ¿Hasta qué punto no es divina la naturaleza? Y si fuese una obra aparte del poder creador ¿hasta qué punto podría crear por si fenómenos conducentes a la Divinidad? Y los hombres refieren sus finales propósitos a ese poder divino. Ello es terminante.

Después vienen posteriores dificultades. ¿Cómo la ausencia absoluta de conocimiento puede por sí misma procurar conocer? ¿Y por qué supondrá en su ignorancia total la evolución del espíritu? O tiene un previo conocimiento superior la naturaleza, y entonces es engañosa su ignorancia inicial, o no lo tiene y también es contradictoria en aspirar finalidades que desconoce.

Y si las dos respuestas son contradictorias en lo que toca a la naturaleza de la realización del *conocimiento*, absurdo es pretender señalar el instante en que se consuma esa contradictoria creación. Ya lo ves, Suetonio.

S.—¿Y por qué no han señalado, maestro egregio, los grandes filósofos, contradicciones

de semejante claridad?

P.—Porque había en el fondo de sus espiritus un prejuicio que parecía un conocimiento adquirido a toda evidencia. Nadie supuso que pudiese haber objetos de una existencia y no existencia simultáneas.

S.—Ahora comprendo, maestro. Y la misma evidencia no es principio de conocimientos claros e incontrovertibles. Qué extraordinaria inacción la del prejuicio, Paulino. ¿No se impondrá algún día, como ejercicio liberativo

en extremo, en la enseñanza de los jóvenes, el examen y análisis de los grandes prejuicios?

P.—Así será, Suetonio. La época inarmónica de la filosofía necesitará grandes preparativos espirituales.

En estos momentos un sacudimiento seísmico mueve el palacio. Y un sordo clamor se alza de la tierra. ¡Ladra un perro...!

P.—¡Extraño presagio!

S.—Imponente. Pero sobre todo me llama la atención este sordo clamor de la tierra. Es un tremendo grito de la tierra inanimada....

P.—Inanimada, si gustas, ¿Podrías independizarte de los sentidos metafóricos? Yo digo que sí, pero en parte. Porque no hay ni habrá en el hombre forma de conocimiento que no sea metafórica.

S.—Un nuevo tópico.

P.—¿Es una mónada, una triada, o una forma numérica cualquiera el conocimiento, o algo en el mundo para el segundo escalón de la filosofía, el de la filosofía armónica? Dentro de este último, el metafórico, hay nuevos e infinitos tópicos; así en los otros. Esto no se olvidará en mi gran pluralismo. Plurarismo que es poderoso desplazamiento de clásicos y vulgares prejuicios.

S.—¿De manera que no podrás concebir un tratado completo sobre el conocimiento?

P.—Ni de ninguna materia: y yo no soy la excepción. No hay hombre capaz de hacer un perfecto circulo de metal; ni un andamiaje completo de leyes o ideas. ¿Habrá excepción en esto? Tal vez no, por excepción.

S.—Mas ¿querrías decirme algo sobre la metáfora del conocimiento?

P.—Sí. La metáfora es un signo mental que sirve al propósito de actualizar en la conciencia cualquiera estado objetivo o subjetivo: un boceto de líneas sugerentes, análogo a su estado correspondiente exterior o psíquico. Pero cuando digo «análogo a su estado exterior», preciso es no olvidar que «el exterior» es una simple palabra que en el fondo no limita la infinita continuidad del mundo. No hay, en efecto, en la filosofía consecuente, exterior ni interior. Mas esto lleva traza de paréntesis. Prosigamos. Y así como es la metáfora es el reçurso por cuya virtud el pensamiento asimila o desasimila, para llegar a la extrema finalidad: el conocimiento.

S.—¿Y el sentido recto?

P.—El sentido recto es el sentido simple: la unidad. ¿Lo ves? No hay sentido recto en lo múltiple. Habría necesidad de una mente una que asimilase un conocimiento uno, en una transición una. Pero de existir la unidad en el mundo, habría de ser, también, única. ¿Qué le queda, ahora, a una mente analítica?

S.—Mas no entiendo para qué habria de

ser todo uno en los sentidos rectos.

P.—Allí está el verdadero trámite de la cuestión. Pues bien: una múltiple sensación exterior será el objeto de nuestra atención mental. La mente, que es múltiple, la observa, y adquiere de ella, en virtud de una relación múltiple,—¿qué piensas que adquiere?—adquiere no la realidad de la sensación sino una imagen equivalente a un tercer fenómeno que no es ni la mente ni la sensación misma: digo, pues, que adquiere una imagen de esta

última, un cuerpo análogo, una metáfora. En cambio, si la sensación fuese una, la transición hacia la mente una, y la mente una, la adquisición que haría el espíritu sería la misma sensación. Y esto equivaldría al verdadero conocimiento armónico, que ha preocupado exclusivamente, de modo expreso o tácito, la grave y extensa atención de todos los hombres hasta estos momentos. ¿Querrías más clara explicación del gran problema del conocimiento?

S.—Lo he comprendido, venerable. Creo que nos falta, oh maestro, para suspender mis consultas sobre el conocimiento y discurrir sobre otras materias que me preocupan grandemente, un nuevo tópico, a saber: ¿cómo entiende la filosofía consecuente que es el conocimiento?

P.—Contradictorio, en primer lugar, porque la observación demuestra que no hay verdad consecuente. En segundo término, múltiple infinitamente. Tanto que podremos afirmar sin preocupaciones ni despecho, con una esperanza inconfundible, que el dios de las grandes teologías es apenas leve fragmento de la más infima mónada que haya sido posible imaginar; tanto que cada una de sus formas podría parecer al observador más consumado, un universo absolutamente distinto de las otras formas; tanto, oh hijo mío, que cada cual de sus más sencillos términos consumiría en su análisis toda la observación de los hombres, en toda la consumación de los tiempos.... ¿Cómo determinar una norma de conducta en la estética, la ética y los otros ramos del conoci-Lmiento? Jamás como un dogma. Transición es toda interpretación del mundo, hijo mío....

S.—¡Oh maestro! Te has hecho cargo de un mundo más complejo y más duro al ejercicio intelectual. ¿Pero corresponderán al esfuerzo los resultados? ¡Sí! A la pereza corresponde sólo la torpe desintegración del espíritu: y es ésta una forma fundamental de las acciones del hombre: a la incapacidad, como su natural resultado, la pereza. En donde quiera que haya incapacidad habrá pereza. Y la incapacidad, en sus diversos grados, es una dotación universal del hombre, cualesquiera que sean sus aptitudes psicológicas u orgánicas. ¿No es así, maestro?

P.—Sí, Suetonio. Pero apuremos nuestra incapacidad e ineptitudes, en una límpida copa de cristal. Y que, el vino de la vida, tonifique nuestro espíritu con la virtud de nuestra propia comprensión, de nuestra propia energía, de nuestro propio entusiasmo. Así cada uno será la medida de su propio universo....

S.—Maestro, ¿no asoma ya, como si quisiese fatigarte en nuevas y más rotundas exposiciones, el problema de la libertad, con la cual el hombre podrá o será incapaz de trazarse su propio camino?

P.—Tienes razón, hijo. Mas después habrá mejores oportunidades para emprender su análisis con la extensión suficiente. ¿Ves la luna? Parece que un gigante celeste la hubiese tirado como un disco en la extensión de los cielos....

Leuconoe aparece tras la ventana como un ave blanca, en una lunar nostalgia: sonríe bajo el polvo de oro de la luz nocturna. Y hay una emoción nictálope en el paisaje límpido. El corazón de Suetonio palpita como un incensario en llamas. Y al recuerdo de remotos amores rechinan en la pared las viejas espadas...

RUINAS Y LEYENDAS

III

METAFÍSICA DE LA LIBERTAD

Dedico esta obra a Evaristo (¹) y Arabela, mis hermanos menores y, mis hijos, después de la muerte inolvidable de mis padres.

M. VINCENZI

Por las armoniosas riberas del río Iliso, bajo la sombra de los plátanos legendarios, se ven las siluetas de los filósofos romanos marchando, en animada y serena conversación trascendente, hacia las viejas columnas del desolado templo de Júpiter Olímpico... ¡En la tarde polícroma hay un languidecer de remotos cansancios e inmutables tranquilidades clásicas!

Paulino.—¡Oh suspiros maravillosos del Iliso! En tus plácidas riberas solía Sócrates cautivar, con sus ironías y sus maliosas preguntas, a los jóvenes atenienses, los más bellos y los mejor dotados de las divinas gracias del espíritu.... ¡Río armonioso de magistrales y sonoras aguas clásicas....! La historia ha surcido en los encajes de tus espumas, las más ilustres leyendas....

Suetonio.—¡Divino maestro! ¿No fué, este río inolvidable, testigo, en la lejana época de Adriano, de los trabajos que alzaron, en supremos instantes de inspiración arquitectónica, ese templo majestuoso, romano y griego a la

⁽¹⁾ En noviembre del año pasado murió mi hermano trágicamenete. ¡Dios mío! Escribí entonces mi poema «Desesperación», que empieza:

[«]Yo quiero la vida de mi pobre her-[mano, yo quiero su abrazo, yo quiero sumano».

[¡]Hermanito de mí corazón! Quisiera que mi gloria llegara a ser tan grande como una montaña, para ponerla de lápida en tu recuerdo...

vez, con el más imponente de los estilos combinados, de cuya grandeza no quedan más que esas quince solitarias columnas, tristes como águilas cansadas, como Césares destronados? ¡Paulino, Paulino....!

P.—Suetonio, ilustre discípulo, desde este ribazo, encendido de amor por la violeta de las sombras crepusculares, oyendo el inmortal coloquio de este río venerable, y contemplando las corintias columnas del sagrado templo, conversaremos de la *libertad*, metafisicamente considerada. Y haremos insigne parodia de los profundos diálogos de Sócrates y su divino discípulo....

¿Recuerdas nuestros análisis del conocimiento? Pues bien, hijo. Habremos de recordar, de modo implícito, cuanto dijimos, en mi jardín de las estátuas y los altos cipreses, de la unidad absoluta, precedida del análisis de los prejuicios, de la cosa en sí, de las capacidades cognoscentes, todo enmarcado en los vastos dominios de la filosofía no contradictoria. Pero antes, ¡oh Suetonio! habremos, asimismo, de fijar un orden lógico a nuestras disquisiciones, para desenvolverlo con sobria tranquilidad helénica, en la placidez de estas tardes....

S.—¿Consentirás, maestro, que intente tra-

zarlo tu discipulo?

P.—Hazlo, Suetonio, y que las aguas del Iliso, con sus evocaciones sonoras, sean gratas a tu corazón, colmado de ilustres y añejas reminiscencias....

S.—En mis tardes de ensueño, Paulino, vagando a orillas del lago, estriado de fugaces coloraciones, frente a la fastuosa necrópolis de la nobleza romana, he recorrido los senderos que habrían de conducirme a la metafísi-

ca de la libertad. Y concluido, dentro de las circunscripciones de la filosofia consecuente, que, para trascender a sus esenciales principios, habría de seguir el siguiente orden de rigurosa concordancia: a) relaciones de la libertad con la unidad absoluta; b) con el conocimiento; c) con el orden y el desorden, la inarmonía y la armonía; d) con la autoridad y la obediencia; e) con la moral; y f) la libertad en la filosofia inconsecuente.

P.—¡Preclaro discípulo! El orden del plan es rigurosamente armonioso, hasta donde es posible que lo sea.... Entraremos, pues, en este medio antiguo y evocador de la noble ciudad de Atenas, aquí, aquí, adonde las voces del Iliso se mezclaban con las del viejo Sócrates, las de Platón y los bellos jóvenes de la ciudad griega e inmortal, en los más íntimos secretos del problema filosófico que tanto ha interesado a los hombres pensadores....

Recordarás, hijo mío, que la unidad pura es indivisible; no idéntica o semejante a ninguna existencia; y carece de exterior e interior, palabras que indican extensión, movimiento y, por lo tanto, relación de cosas múltiples; v. que por igual motivo, está fuera del tiempo; y no es energía ni objeto de inteligibilidad, por la razón de que ambas cosas son extensas y temporales; recordarás que la declaratoria de su entidad implica tiempo e implica espacio, implica analogía de su carácter ontológico con los caracteres de existencia de las existencias restantes del mundo, lo cual equivale a establecer relaciones, es decir, entidades múltiples en una cosa esencialmente una, e indivisible; que es, en sustancia, contradictoria en absoluto, y que, sin embargo, es

supuesta por los símbolos, supuesta por las palabras, supuesta por cualquiera determinación de los sentimientos y, los espíritus, en general. Por los objetos de relación objetiva y subjetiva, de intuiciones e ideas, por fenómenos, leyes y estados fijos; y, finalmente, que su existencia habría de ser, término ineludible y contradictorio, la unidad pura, una y única, sin identidades posibles, ni consigo misma. ¿Lo recuerdas, Suetonio? ¿Olvidaste nuestros análisis realizados en las enarenadas sendas pobladas de cipreses y de estátuas, de profundas emociones y espléndidos atardeceres? ¿Lo olvidaste, ilustre hijo de Roma....?

S.—Sí, maestro inmortal.... ¿Y concluirás ahora que la libertad implica lo uno con sus contradictorias consecuencias? ¿Que la libertad es existencia temporal y espacial, múltiple y contradictoria, en suma? ¿Existe o ha podido existir, en la mente de los más grandes filósofos, una definición precisa de lo uno y de lo libre? ¿Qué hace la filosofía consecuente, en un afán que llena la historia entera de la filosofía, hasta aquí?

P.—Hijo mío, en estos precisos momentos en que las lumbres sulfurosas de la tarde pueblan de sombras y fantasmas los sagrados monumentos, las ruinas adustas de la ciudad antigua y melancólica, en estos precisos instantes de trémulas coloraciones espirituales, en que parece que se disipan las cosas y los hombres, los tumultos y los empolvados y añejos pórticos de pálidos mármoles carcomidos, siento desdoblarse mis más arcanos secretos, en una como desaparición de civiliza-

ción y de ruinas.... ¡Oh, Suetonio, bello hijo de Roma! Y mis retinas se llenan de indecisas coloraciones, mis oídos de clásicas sinfonías, mi espíritu de milenarios recuerdos y cósmicos resurgimientos.... ¡Plácidas columnas de pálidos mármoles pentélicos....! ¡Noble ciudad, inmortal Atenas de los diálogos y las meditaciones, en que las voces del Iliso cantan las eternas glorias de los filósofos legendarios....!

Se ven, desde las gradas de estos carcomidos mármoles amarillos, confusamente, sobre el ribazo florecido de sagrados símbolos, en la moribunda placidez clásica de la tarde, los filósofos romanos, agitadas las clámides por los céfiros de oración y de leyenda. Las columnas corintias semejan ingentes monolitos guardianes de milenarios silencios, y vastas soledades interminables de regias arquitecturas ruinosas y evocadoras...

II

Tiembla sobre el Estadio, un ondulante revuelo de pájaros balkánicos... Los tornasoles del alba se deshacen, como finisimas gasas indicas, en los restos mutilados de la imponente gradería pentélica. Y extasiados los filósofos ante el majestuoso oleaje de mármoles rotos, imagínanse, el tropel devastador y regio de los siglos, como el de los broncíneos centauros de las remotas mitologías...

Suetonio.—Paulino, ¿no vive este singular paisaje agitado por los vientos mañaneros y las alas temblorosas de los pájaros, la extraordinaria fascinación de un contraste helénico? ¿Y no causa ¡oh maestro!, en las cristalinas diafanidades de tu espíritu, el sentimiento de una grave melancolía, con sus ruinas, y las ansias de un alegre ascenso a los ámbitos serenos, con los magníficos augurios que extiende el alba más allá del ocaso?

Paulino.—¿Y olvidas, hijo mío, tu augusto perfil, que recuerda las victorias de Roma, la grandeza insuperable del clásico imperio? ¿Ol-

vidas, oh Suetonio magnánimo, mi patriarcal ancianidad de legendarios blasones, evocadora como las ruinas y triste como las ruinas...? ¿Olvidas los flexibles mármoles blancos de mis barbas octogenarias?

Pero, Suetonio, nada es perecedero en el mundo, ni la forma, que es eterna e infinita esencia, y se proyecta en infinitos planos fijos y dimensiones no sospechados por los más preclaros y sutiles ingenios.... ¡Nada es perecedero en los orbes!

¿No es el infinito, para el mundo consecuente de la razón, el acto afirmativo e indirecto de una infinita ignorancia de los seres finitos, natural y divina, puesto que es en las armoniosas esferas de la primera época filosófica, la del raciocinio consecuente?

> Después de un concentrado silencio de los filósofos romanos, y el paisaje helénico, tembloroso como una emoción nictálope de remotos mármoles carcomidos, las palabras del maestro desfilan solemnemente, por las ruinosas graderías del Estadio, como evocaciones de eternas y conmovedoras leyendas...

Pero, hijo mío, ¿no vimos ayer, en las riberas inolvidables del Iliso, las relaciones de la libertad con la unidad pura? De la misma manera que, para ser consecuente el mundo libre, ha debido ser simple y determinado, uno y único, porque de otro modo el signo gramatical de la palabra libre representa co-

sas complejas y distintas—ella misma es unidad mültiple de sonoridades fonéticas—de la misma manera, repito, ha de obligarse, en sus relaciones con el conocimiento, segundo capítulo del plan trazado, a responder, por entero, a sus exigencias metafísicas. ¿Puede, por milagro inaudito de las deidades helénicas, existir relación entre la unidad única del conocimiento y la unidad única del mundo libre?

S.—¿Y no supone, la existencia de la libertad, a la vez, o el simple nombre de libertad, un conocimiento inmediato de sus propias calidades? ¡Oh Paulino, dignísimo compañero de Sócrates y de Platón, de Aristóteles y los más altos filósofos! ¿Habrás de enseñar a las futuras generaciones cómo la filosofía consecuente es esencial y absolutamente contradictoria, como no lo sospechaba ni el mismo Heráclito, desde aquí, desde estas ruinas, desde esta tragedia de mármoles y paisajes antiguos? ¿Habrás de enseñarlo, Paulino, a los siglos venideros....?

P.—Lo has dicho, hijo predilecto de Roma, porque toda forma simbólica, todo problema que se presente al espíritu, todo sentimiento o idea, toda representación de la Psiquis, está obligada a relacionarse, mientras se intente a discutirla y definirla, mientras sea objeto de nuestras observaciones, nuestros análisis y nuestras síntesis, con la unidad pura, que es principio único del conocimiento.... ¿Es posible, pues, la existencia del mundo libre, fuera de la unidad, fuera del conocimiento puro y contradictorio?

S.—Además, venerable príncipe, hijo mayor de los dioses abstractos e infinitos, Paulino, orgullo de Roma y del imperio, ¿no es preciso atribuir las determinaciones del conocimiento general, que son legitimas e imprescindibles, a lo único que no las permite sin negar su esencia fundamental, es decir, al mundo libre? Y si es necesaria la unidad absoluta para el conocimiento, el conocimiento para la libertad, la determinación de formas, modos, métodos y propósitos para adquirir y sostener los conocimientos, y la absoluta independencia, ajena a leyes y determinaciones, para ese mundo libre, ¿en qué instante milagroso, deja de ser, aquí, en semejante raciocinio, contradictoria, de todo punto, la libertad?

La filosofía consecuente, con sus innumerables sistemas, no es otra cosa, oh maestro, que este inmenso Estadio con sus graderías ruinosas y su vasta imponencia de majestad moribunda y pentélica, con sus palideces de mármol viejo y tristísimo....

Las últimas estrellas de la mañana se apagan, como fabulosos fragmentos biselados de espejos egipcios, sobre la inmensa tristeza de gradas y de ruinas... Los romanos, patriarcales, siguen con las pupilas los revuelos misteriosos de los pájaros balkánicos...

Ш

¡El teatro de Dionisio...! Profusa orquestación de ignotos recuerdos, en piedras del Himeto y pentélicos mármoles. Mascaradas oscuras de tragedias de Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Esquilo. ¡Sobre las más altas gradas, los filósofos, en un regio silencio de esfinges!

PAULINO.—En este soberano silencio histórico, magnifico Suetonio, orgullo de la raza conquistadora del Lacio, pasan, los fantasmas de mascaradas y de ruinas, los cascabeles esculpidos de risas antiguas, los ecos de los aplausos, las melodías dulcísimas de las orquestas, los límpidos reflejos de los puñales y de las espadas, de los sonoros escudos, de las más exaltadas bellezas humanas del cuerpo y del espíritu, como fugaces sentimientos de regias leyendas que se consumen, en poderoso vórtice de arenas, bajo el influjo de los olvidos eternos, poblados de rotas columnas. de borrosos e indescifrables relieves, de mutiladas estátuas y jaspes derruidos y cariátides destrozadas, de moribundos cipreses melancólicos.... Hijo mío, y parece que el tiempo detiene su paso en la contemplación de su obra, como si quisiese arrepentirse de tanta ruina, de tanto silencio, de tanto dolor de mármoles y espíritus, de vanidades y de glorias....

Suetonio.—¿No son, oh Paulino, un nuevo contraste, los despojos de este teatro de Dionisio, en que la fuerza obtuvo los mayores himnos y el dolor los más preclaros apologistas? La disimulada destrucción de los tiempos es el más peligroso enemigo del mismo Dionisio, de las constelaciones y las fantasías del espíritu, de los dolores y las ruinas mismas....

¡Ruinas, encanto evocador de las ruinas melancólicas, divina tragedia de Dionisio, mutilado como las cariátides y las columnas, como tu gloria y tus templos sagrados, como los cipreses de las necrópolis envejecidas, como las momias egipcias....! Y la noche, padre mío, iluminada de resplandores remotos de las estrellas, cubre, con el engaño de sus terciopelos oscuros, el espesor de las pátinas legendarias. Mas ¿no recordaremos, en esta solemne divagación de los espíritus, nuestras preocupaciones filosóficas?

P.—Estudiadas, Suetonio, las relaciones del mundo *libre* con la unidad pura y el conocimiento absoluto, prosigue el examen trascendental de sus nexos con el orden y el desorden, lo inarmónico y lo armónico.

La disposición movil (!), hijo mío, de la reciprocidad, determina la metafísica función del orden. Y en la unidad obsoluta hay carencia absoluta de semejante disposición.

S.—¿Es, entonces, la unidad, cosa sin orden y sin desorden? Y este mismo orden ¿no es una función del desequilibrio, del movimiento?

P.—Sí, hijo mío: orden es acto, y, por tanto, ansiedad de equilibrio en la misma variabilidad de su desequilibrio.... Es movimiento, y, éste, cambio contradictorio de las formas que son, puesto que existen, esencia universal de los fenómenos. Luego zno es una existencia inarmónica? Además, Suetonio, insigne ciudadano de la Roma conquistadora zno es el orden—como entidad existente—algo fijo y determinado, algo contrario a toda libertad absoluta?

S.—¡Maestro! ¿En qué sentido entonces resultará inmoral la sujeción al orden y la armonia? ¿No es, precisamente, del dominio del bien, cuanto es armónico aunque no sea libre, aunque no sea independiente....? ¡Paulino, patriarca de las más grandes renovaciones que haya podido insinuar el hombre! La libertad, es una altísima concepción filosófica, dentro de la inquietud consecuente, es un absurdo de los más insignes que haya podido imaginar y defender el hombre.... ¿No resulta contradictoria en sus relaciones con la unidad única, contradictoria en sus nexos de orden espiritual o físico?

Padre mío, descendamos de esta cumbre de gradas melancólicas, en que los rayos de luna y las estrellas florecen en los dorados símbolos de las talladuras carcomidas, como luminosos musgos de ensueño y de olvido.... Descendamos, oh maestro egregio, de estas culminaciones trágicas, con la tristeza de las glorias muertas del inmortal Dionisio.... ¡Descendamos. Paulino!

La luna semeja un inmenso bloque de mármol luminoso. Y los errabundos vientos mitológicos de la noche, parece que balancean, sobre las cabezas de los filósofos conmovidos, los fragmentos de ágatas y de pedrerías de las estrellas, en el infinito jeroglífico de los espacios pitagóricos...

¡Gritan, agoreros, los nocturnos volátiles de mirada impasible y melancólica!

IV

Tristísimo con sus grandiosas ruinas, el Partenón—gruta de mármoles simétricos — parece, en el crepúsculo decorado de pulimentos violáceos, un suntuoso palacio desconocido de leyendas babilónicas...; Paulino y Suetonio, al pie de las estriadas columnas, fino el ademán broncíneo de las cortesanas épocas imperiales, semejan dos esculturas trasplantadas del Lacio, como en recuerdo simbólico de los añejos diálogos y las antiguas estátuas...!

Paulino.—Espiritual Suetonio: el problema de la autoridad, en sus relaciones con la inteligencia libre, es de una importancia psicológica que trasciende a las más altas concepciones de la teología. Pero ¿se la ha estudiado, alguna vez, en sus fundamentos metafísicos?

La autoridad—acción de dominio superior sobre entidades subordinadas, en absoluto, a los movimientos voluntarios de esa acción—debe ser fuerza creadora de los objetos mismos que domina, en primer término; en se-

gundo lugar, supone, puesto que ha creado sus objetos subordinados, un integro conocimiento de sus características, una posesión absoluta de sus leyes. Mas, pregunto: ¿puede, por los dioses, una autoridad particular, esto es, finita, ser energía creadora; adquirir o tener un conocimiento absoluto de sí misma y de objetos que en alguna forma le son exteriores? ¿No exigía ello un conocimiento divino y absoluto del Universo?

¡Cómo se engañaron, hijo mío, los grandes filósofos que, a la sombra milenaria de estas mismas columnas, hacían análisis de las potencias autoritarias de las superiores jerar-

quias del espiritu....!

S.—Y si a tales imposibilidades— de orden consecuente—que niegan el poder de creación a la autoridad y sus facultades cognoscitivas, se agregase un recuerdo analítico de las contradicciones de la unidad pura, que es fundamento del mundo inteligente y el inteligible, contradictorio también, y, desde luego, capital principio de esa autoridad ¿no se complementaria el anillo de acero de una interminable contradicción que niega toda existencia de sus leyes y su ser metafísico? ¿Habían elevado el vuelo, los filósofos que discutían la unidad pura, el conocimiento, el orden y la autoridad metafísica, sobre los mármoles del Partenón?

P.—La autoridad, ciudadano de Roma, la humana autoridad que se ejerce sobre el esclavo, necesita explicación fuera de toda inquietud trascendente del espíritu. Pero antes estudiemos la forma que es su natural complemento: la obediencia. Si la primera no es, como lo exige la razón superior de la filosofía, unidad única y creadora de las calida-

des obedientes, la segunda, la obediencia en sí misma, tampoco está en aptitud de ser, por las razones ya prolijamente expuestas sobre lo uno, sobre el conocimiento, el orden y el desorden, etc., la unidad única y flexible capaz de dejarse influir sustancialmente por ningún poder físico o espiritual.

S.—Presentas en tal forma tu discurso para aquellas personas que están iniciadas en la fastuosa y superior complejidad de tu obra, renovadora hasta el punto de señalar un nuevo rumbo a toda la filosofia conocida, oh maestro, dulcísimo representante de la más alta espiritualidad, que, de por sí emergen, no ya del engranaje de las ideas sino de las más profundas claridades del sentimiento, las fórmulas precisas y necesarias a la explicación de los problemas subsiguientes.... ¿No son, pues, según tus afirmaciones, según tus principios, la autoridad y la obediencia humanas, apartando cualquiera preocupación metafísica, los dos términos opuestos y complementarios de un fenómeno de simple correlatividad de voluntades, controladas por la precisa determinación de las leyes?

P.—;Suetonio, penetrante discípulo, no sabría encontrar, en la historia excepcional de Grecia, quien escuchase mejor mis avances en los dominios de la más insigne especulación metafísica! ¿Qué otra cosa puede hacer la entidad que impone—término sustancialmente humano—siguiendo el curso de una ley, sobre la entidad que obedece, sino determinar, en filosofía armónica, una relación necesaria? ¡Oh, sagrario del Partenón, diluído en las melancólicas palideces de este crepúsculo de sutiles temblores y de ensueños! ¡Cuántas veces se deshicieron, como

rotos cristales, en las esbeltas y luminosas aristas de tus columnas, las voces contradictorias de los filósofos consecuentes! ¡Cuántas veces suspiraron de alegría los Platones equivocados y cuántas veces hicieron menosprecio de un porvenir—ya orgánico—no previsto, ignorado por los filósofos de todos los tiempos y de todas las razas....!

Mas ahora queda, hije mío, por dilucidar el estado de relación entre los fenómenos autoritarios y obedientes, y el mundo libre.

¿Es posible la existencia de una libertad autoritaria u obediente, en lo más mínimo, siendo, en su esencia, armoniosa?

S.—Si obedece, Paulino, se contradicen cualesquiera de sus definiciones escolásticas; si ejerce autoridad lo hace al imperativo de una ley múltiple—¡preciosa filosofia consecuente!—y, por lo tanto, esclavizada. Pero, ¿son unidades la obediencia y la autoridad para que sufran el influjo de un símbolo del lenguaje, y sean asímismo, objetos inteligibles y términos de movimiento ordenado? ¿No es, en sí misma, en sus relaciones múltiples con el mundo, contradictoria, como lo uno absoluto, la libertad pura?

Los espejuelos de las estrellas egipcias titilan, en los espacios del Sur, como cristales de amatistas y esmeraldas. Se distinguen, apenas, entre los mármoles de fantasía babilónica del Partenón, los bocetos preclaros de los romanos filósofos patriarcales...

V

El crepúsculo anaranjado incrusta, su pedrería índica, en la torre de los vientos...; Torre de piedra blanca, seméjase, bajo la claridad del atardecer, a un enorme farol indostánico que alumbrase, los ocho signos del horizonte, como un faro de antigüedad y de leyenda...! Soplan las brisas lejanas de los arenales egipcios, de las remotas pirámides y las milenarias esfinges...

S UETONIO.—Sentémonos, padre mío, en la gradería de esta torre legendaria. ¿No hemos observado bastante sus pátinas evocadoras, sus relieves simbólicos, sus viejas carcomas amarillentas? ¿No hemos visto y admirado en ella el encanto de una vieja civilización de ruinosos mármoles y armoniosas arquitecturas?

Sentémonos, Paulino, y que tu palabra se incruste, como las metálicas lumbres del crepúsculo, en los frisos y los fastuosos relieves mitológicos de este magnífico monumento; y se esparzan, por las frondas de los bosques cercanos, como los arrullos adormecedores de las aguas.... Sentémonos, Paulino, sentémonos

sobre estos mármoles legendarios....

Paulino.—Hijo mío, Suetonio, el instante silencioso y místico se presta, como ninguno en estas épocas primaverales del año, al desenvolvimiento dialogado del problema de la libertad, en sus relaciones con la moral y la teodicea.... Dos principales tópicos habremos de abordar en la materia: el práctico humano y el teórico divino y metafísico. Ya lo ves, principe de las romanas estirpes, cómo la levedad majuestuosa del momento es propicia a la veneración de los dioses y los altos problemas morales de los hombres.... Ya lo ves, Suetonio magnánimo, en el florecimiento crepuscular de los lejanos montículos, en las brisas de los desiertos egipcios, en los rumores serenos de las fuentes balkánicas, en las evocaciones mitológicas de esta remota ciudad de leyendas....

S.—Pues bien, padre mío: ¿Habremos de hacer expresa la declaratoria de inconsecuencia metafísica de la ética y de las proposiciones teologales? ¿Recordaremos una vez más que la unidad pura y el conocimiento puro, entidades contradictorias, todo lo subordinan al espíritu, a su propio dominio intelectual y sentimental, para concluir que no puede ser, metafisicamente, la ética, puesto que no hay libertad armoniosa suficiente a determinarla y sentirla, sino en la práctica vulgar e inexacta de la vida ordinaria, y, entendiéndosela en una forma del raciocinio cuyos secretos íntimos no ha desentrañado la lógica, la revelación ni la psicología? No resuelve esto, en síntesis, de conformidad con tus altísimas aspiraciones filosóficas, el pro-

blema en cuestión?

filosofía armónica?

P.-Nada más atinado, para la solución inmediata y profunda de los altos problemas, que la síntesis. Que los espíritus audaces la formulen, y la sobriedad y la economia y la elegancia, hijo de la sobria y de la fuerte Roma, colmarán nuestras ansias de conquista, como lo han conseguido los ciudadanos del Imperio.... Nada más económico que la sagrada sobriedad de la síntesis... Pero, ¿no viene ya el deseo de solucionar, en el circulo de la filosofía contradictoria, sus relaciones con el mundo libre? De igual manera que la de las otras existencias, la de la libertad, Suetonio, en las esferas de mi tendencia inarmónica, asume una forma infinitamente múltiple, y, por expresarlo así, caleidoscópica (1). ¿En qué otra virtud puede el ser manifestarse si no se relaciona, en infinitas formas, con el infinito mismo? ¿Es susceptible de circunscribirse dentro de una engañosa evidencia, dentro de una falaz definición?

Así como las dimensiones se desdoblan, de la misma manera que el plumaje de una ala extendida, en la misma forma que los marfiles de un abanico de infinitos pliegues, asímismo la libertad se presenta, en el cosmos, en una infinita variación de tonos analizables y cons-

tituídos de secretos arcanos....

S.—¡Oh Paulino! ¿Seria posible explicar, omitiendo toda estrecha y vana pretensión ecléctica, que se reduce a aceptar parte de cada sistema, sería posible entender el capricho de las fuerzas naturales que lo producen todo,

todos los sistemas y las formas físicas y espirituales, el capricho de reducirlo todo a contradicciones absolutas, y, no aceptarlas, como si los supremos dioses pudiesen complacerse en el engaño y el mal? El dilema es absoluto, por entero: el hombre o no debe conocer nada—a tal punto es preciso llegar con la filosofía consecuente,—o debe conocerlo todo, aceptando que hay una verdad más honda, más digna de la complejidad del mundo infinito y eterno, una verdad inarmónica e inconsecuente, que todo lo admite porque, para la razón humana—el conocimiento que nos corresponde es el humano—todo se presenta de un modo absolutamente contradictorio e infinito....

P.—¡Oh, hijo mío! ¿Aceptarían, comprenderían, los más profundos filósofos de Atenas, los más altos filósofos del mundo, la concepción de la libertad correspondiente a una raza superior de hombres y de filósofos de otras esferas siderales? ¿Es ello, acaso, declararse escéptico? ¿No es cierto que el del escepticismo es uno de los más vanidosos y elementales sistemas de la

S.—¡Egregio Paulino! Sobre el escepticismo y las inferiores vitalidades del raciocinio consecuente, sobre los más opuestos y naturales caprichos de todos los filósofos, sobre estos magnificos monumentos de Atenas y las más altas columnas de la ciudad en ruinas, alzas el vuelo, en el momento solemnísimo de la tarde, como un augusto presentimiento de cercanas renovaciones....

P.—Suetonio: nos falta recorrer la ciudad antigua, en muchas de sus parcelas más predilectas. Antes de realizar nuestro clásico retorno a Roma, visitaremos el Monumento corá-

⁽¹⁾ Diálogo del siglo xx, no admite anacronismos, puesto que la época en que aparecen los filósofos es moderna y esencialmente imaginaria. ¿De qué otro modo podria servirme de los encantos de la antigüedad?

gico de Lisicrates, el majestuoso Pórtico de los gigantes, el templo de Teseo, una de las más bellas arquitecturas de carácter armónico de la civilización consecuente; el Odeon de Herodes Atico, la Puerta Beulé y sus magníficos y grandiosos Propileos, con las escalinatas de mármoles rotos y melancólicos; el Templo de la Victoria Aptera, con sus interiores encantos; el Erecteo, de cariátides milenarias, semejantes a momias egipcias o a babilónicos centinelas de piedra...; Noble y regia tristeza de la antigua Atenas!

S.—¡Padre mío, siento, en el extraordinario silencio de la tarde, bajo mis pies, los movimientos de la tierra en su fuga celeste a través de los espacios...! Y, sobre nuestras cabezas, el aleteo de lechuzas clásicas de las remotas leyendas....

El cielo se metaforiza en una ánfora enjoyada de antiguos tesoros salomónicos: al Sur, las estrellas del Egipto; al Norte, los fulgores bárbaros de los astros polares; y, en el remoto Oriente, los sistemas celestes de Confucio, de Budha y Brahmma, a la manera de fabulosas inscripciones cuneiformes de sagrados símbolos...; Los romanos filósofos, sutiles y milenarios fantasmas, devoran, con el espíritu, los primeros silencios de la noche melancólica...!

Rasga el cristal del ánfora el diamante fugitivo de un bólido balkánico...

LA SEGUNDA DIMENSION

IV

Dedico este ensayo a don Julio Acosta García, Presidente de la República, a cuya protección debo el esfuerzo editorial de este libro. Espíritu abierto a la idealidad como las Pampas de América a todos los vientos.

He sido irrespetuoso con el corto número de mis lectores, en mis modalidades de trabajo. Creí que se podía dialogar entre ellos, como lo he realizado dentro de mis fueros internos, con un laconismo cerrado a toda explicación inferior y detallada; así, en mis escritos, el vértigo ha suplido al afán de divulgarme, haciendo caso omiso de un público más extenso, a cambio de un aristocratismo estrecho y, por demás, hermético. Las consecuencias me han dado suficiente material de observación atinada. Y hoy vengo a dolerme de ello.

¡Cuántas cosas he escrito, cuya amplitud explicativa hubiera sido capaz de provocar sorpresas, por las diversas categorías de originalidad que contienen! Porque he logrado ser un hombre original por cultivo y, a la vez, por virtud de facultades innatas y espontáneas.

* Mi teoría del movimiento acaso hubiera conseguido mover los espíritus inquisitivos de la América, si en 1918, año en que apareció en mis «Principios de crítica», no me hubiese conformado con un boceto simplísimo. Hoy me propongo volver a mis pasos, e intentar un desarrollo claro de las singulares ideas que la constituyen, en su parte más interesante.

* Empecemos por introducirnos, cautelosamente, dentro de las ideas oficiales de la filosofía, a la explicación original de mi problema propio.

La razón humana—ideas, intuiciones y leyes que las determinan a obrar—pretende adquirir conocimientos de dos clases: finitos o relativos, e infinitos o absolutos. ¿Pero, es algo finito o infinito esa razón? Los hombres no se han preocupado en hacer tal pregunta. Aquí no voy a procurar su respuesta. No trato sino de enumerar dudas sobre las cuales han pasado los pensadores sin detenerse, y que, sin embargo, se relacionan con las soluciones corrientes de toda filosofía.

¿Se ha pensado alguna vez en que las leyes que rigen la numérica matemática, podrían ser totalmente distintas y hasta opuestas a la numérica de otros planos? ¿Se ha pensado en que las ciencias humanas son simples puntos de vista de microscópicos aspectos de la vida? ¿Se ha creido que puede haber en el mundo seres más altos que la armonía, seres más esenciales que la conciencia, modalidades de la verdad más amplias que el conocimiento científico y filosofico y estético? ¿Se ha creido alguna vez en que no están todavía agotados los recursos cognoscitivos de la razón humana? Y, finalmente, se ha dado solución aceptable a multitud de fenómenos particulares como es este del movimiento y del cambio, sin contradecir los principios elementales del raciocinio?

- * En medio de este maremagnum, cada filósofo y cada hombre de ciencia y cada esteta, se han determinado por soluciones exclusivas, volviendo la espalda a cuanto escollo se ha presentado. En esta forma, han adquirido la curiosa ilusión de hacer desaparecer esos escollos, volviendo los ojos a otra parte. Recuerdo ahora la costumbre de los avestruces, que creen esconderse de sus perseguidores hundiendo la cabeza en las arenas del desierto. Ellos no ven el peligro; mas el peligro si los ve a ellos...
- * El preliminar anterior sirve a mi propósito de explicación de un problema que nunca se ha visto cara a cara, y que, por lo mismo, contiene soluciones inusitadas y sorprendentes, que alarmarán al lector, y lo distraerán del asocio riguroso de las ideas que pretendo. No es preciso sorprenderse y abandonar el hilo matemático de la cuestión. Sean razonables, esencialmente razonables mis lectores.
- * Y otra advertencia: no volveré a mencionar a Einstein, después del presente paréntesis. No hay obligación de hacerlo, por más que mi teoría del movimiento tiene conexiones notables con la suya de la relatividad. Por un lado, se trata de simples conexiones; y, por el otro, mi teoría fué publicada en el año de 1918, a principios de 1918, es decir, hace cinco años, en mi libro ya citado, «Principios de Crítica». Dígalo, si no, el opúsculo sobre los tales principios, escrito por Napoleón Pacheco y cuyo título es «Filosofía de la Crítica».
- * A nadie le ha preocupado seriamente, que

vo sepa, la metafísica de las relaciones de la forma y la esencia. La forma es cosa perecedera, dicen, y la esencia es permanente. Enumeremos con la mayor claridad posible, los escollos que se han apartado de la consideración racional, con el simple acto de avestruz de cerrar los ojos. 1.ª ¿Qué es, entonces, la forma, si no es esencia? 2.ª Aceptando que la forma no es esencia, ¿en qué punto se unen la esencia y la forma? 3.ª ¿Es una existencia extensa la forma? 4.2 ¿Puede existir la forma fuera del tiempo? 5.ª ¿Existe algún paralelismo demostrable entre la forma y la esencia? 6.ª En caso de existir dicho paralelismo ¿a qué leyes de analogía se debe atribuir? 7.ª ¿Es posible el paralelismo sin la analogía? 8.ª ¿Es posible la analogía fuera de la comunidad de leyes naturales? 9.ª ¿Se rige en virtud de leyes la forma? 10.ª ¿Se puede pensar en leyes fuera de la esencia?

* Los diez puntos son fundamentales en el examen de la forma. El primero concrétase a interrogar qué puede ser la forma, si no es esencia. Como se ve, no es fácil contestarlo. Y aceptando que no es, efectivamente, esencia, queda una dificultad insoluble para correlacionarla con el mundo esencial. ¿En qué punto se unen? Resulta un rompe cabezas semejante al de la continuidad entre lo extenso y lo inextenso, lo temporal y lo no temporal. La pregunta es sencillo hacerla más interesante, todavía: ¿Cómo se relaciona lo accidental con lo eterno? Dejo aqui las dificultades con propósito de explicarlas en el curso de la teoría. Prosigo en el análisis preliminar de los puntos inmediatos.

* 3.ª ¿Es una existencia extensa la forma? Si que lo es. En tal aspecto estoy de acuerdo con la filosofía oficial.

4.ª ¿Puede existir la forma fuera del tiempo? De una vez por todas afirmo: la forma es una extension inimaginable fuera del tiempo.

5.ª ¿Existe algún paralelismo demostrable entre lo que denomina forma y esencia la filosofía oficial? En nuestro plano cósmico no hay esencia fuera del objeto, cualquiera que sea su estado, ni hay forma fuera del mismo. ¿Por qué tan juntas ambas cosas? Si partimos un objeto, los fragmentos contienen partes proporcionales de forma y esencia. Si lo comprimimos, la forma se pliega como un abanico y el objeto sigue pesando lo mismo

exactamente. ¿Hay dificultad en esto?

6.ª En caso de existir dicho paralelismo, za qué leyes de analogía se debe atribuir? A analogías de causalidad, contesto. O, en otra forma, a analogías de constitución. Lo que se parece se junta, es proverbio antiguo. Lo que se parece se complementa, es afirmación que me pertenece. Las cosas que se parecen se necesitan reciprocamente; y, en donde está la necesidad, está la esencia. Pues, ¿por qué es necesario el paralelismo entre los objetos v sus formas? Porque ambos son esencia. Por otro lado eno es fácil decir que no hay objeto que no necesite de forma? No hay materia informe, cualquiera que sea su capacidad aparentemente trasmutable.

Entonces, dirá un espíritu moderno y práctico, ¿no estoy viendo con mis propios ojos que las formas de los objetos se anonadan y perecen, mientras que la energia persiste? Ejemplo, dirá este espíritu, la fenomenología entera del mundo. ¿Quién me dice, habría de replicarle yo, que sus palabras resisten un profundo análisis consecuente de la razón humana? Después diriale, espérese a la lectura completa del presente trabajo.

7.ª ¿Es posible el paralelismo sin la analogía? No, y basta con los párrafos anteriores.

8.ª ¿Es posible la analogía fuera de la comunidad de leyes naturales? No ¡es claro!

9.ª ¿Se rige en virtud de leves la forma? Los denominados cambios de forma no son jamás caprichosos. ¿Verdad, sabios de gabinete y laboratorio? ¿Verdad, filósofos de Academia? ¿Verdad, artistas de cenáculo y ateneo? ¿Verdad, pedagogos de retribución periódica? Pues bien: donde no hay capricho, hay ley; donde hay ley, hay esencia. Esta afirmación bipartita está de acuerdo con el ya mencionado y experimentado paralelismo entre esencia y forma. Se ve que los diversos razonamientos científicos, objetivos, que he iniciado, confluyen a un mismo fin ineludible: la esencialidad de la forma. Ahora es sencillísimo demostrar la formalidad de la esencia. Puede haber peligro en suponer análogas cualidades, entre lo que denomina la filosofía oficial esencia, y la forma? No, puesto que ya la forma ha pasado a ser algo no sometido a capricho, ha pasado a ser ley, ha pasado a una categoría digna de la esencia aceptada por la oficialidad moderna de los filósofos. Si ambas son ley, ambas son esencia. Por lo tanto, hay fenómenos en lo que denominan forma, que no se manifiestan, a nuestra simple mirada, en lo que denominan esencia. La diferencia es de punto de vista y no de fondo. Ahora es sencilla la comprensión de las siguientes frases: esencialidad de la forma; formalidad de la esencia.

Y la 10.ª pregunta dice: ¿Se puede pensar en leves fuera de la esencia? Se desean reafirmar las proposiciones anteriores: llegar a encontrar una sola ley en los aparentes cambios formales, es adquirir definitivamente la esencialidad de la forma. La pregunta décima supone una respuesta negativa. Luego, la forma es esencia.-Nueva comprobación: ¿quién o qué es capaz de hacer cambiar de forma a un obieto, sin hacer un esfuerzo? Nadie. En consecuencia: es ley que el denominado cambio de forma supone siempre un esfuerzo. Ley derivada: el cambio de forma es proporcional al esfuerzo realizado para obtenerlo. ¿Y qué o quién lo realiza? A ello es preciso responder que no hav efecto sin causa.

- * Luego, la forma es necesidad; luego, la forma es ley; luego, la ley es esencia; luego, todo es continuidad en el mundo, por más que la apariencia, que es punto de vista de la ignorancia humana, cubra los variadísimos fenómenos que nos constituyen.
- * A pesar de esta conclusión tan clara, los sabios, y los filósofos y los artistas, que han vivido siempre manifestando que la naturaleza no camina a saltos, han creido, con una pasmosa frescura, que la forma no tiene que ver nada con la esencia. Han cerrado los ojos de avestruz frente a este escollo y continuado en el vasto comercio de los prejuicios clásicos y, más aún, de los prejuicios vulgares. Y no por tal han dejado de ser sabios y artistas y filósofos...

- * Otras analogías existen entre la forma y la esencia oficiales: a) Ambas son objeto de conocimiento; y b) Tanto la una como la otra tienen este formidable atributo, que todo lo eslabona en el Kosmos: el ser.
- * ¿Qué es el arte? Un aspecto del conocimiento: la ciencia de la forma. Sí, la ciencia de la forma. Sí, la ciencia de la forma, porque donde hay ley, hay ciencia, y tengo demostrado que la forma es ley. Se sabe que el arte es forma, imagen, símbolo, cosa tangible para la imaginación, cosa de luminoso contorno, que sugiere otras líneas y otros vértices y otros planos y otros colores y la constante inquietud de otros movimientos de onda que fluye y que canta...

Pero, esta forma es materia sublime de conocimiento, pésele a la enconada y frívola sabiduría de los laboratorios académicos y a la detestable escolástica de los filósofos eruditos.

* El anterior es el examen sinóptico hecho a la proposición a). Tócale ahora el turno a la proposición b), que afirma: tanto la forma como la esencia oficiales tienen este formidable atributo, que todo lo encadena en el Kosmos: el ser.

Habla al presente Perogrullo: lo que es, es. En tanto es lo que es, ha sido, es y será. De otro modo, señor Perogrullo, lo que es ha podido entrar o salir de la nada; entendámonos: entrar o salir de la nada. ¿Es posible que una ley, el ser, pueda entrar o salir en lo que no existe y de lo que no existe, Perogrullo? (El lector me permitirá insistir en cosas tan claras, porque Perogrullo es hombre terco).

Perogrullo empieza a asustarse. Perogrullo se va. ¡Perogrullo nos deja!

- * Bien: si esas son las calidades del ser y las academias sostienen la existencia, el ser de la esencia y la forma, queda ampliamente demostrado que el ser permanece como ley en la forma y en la esencia.
- * La ciencia oficial vive a base de leyes que constituyen la esencialidad del mundo. Mientras no admitan el arte como ley, la ciencia de las formas como ley, seguirán haciendo un torpísimo alarde de exclusividad. Mas los sabios del gremio contemporáneo sólo quieren permanecer en eterna compañía de Perogrullo. ¡Dios los proteja! Perogrullo es el Sócrates de los estrechos experimentalistas del siglo. Naturalmente que no me refiero, ni a Edison ni a Marconi. Por tal Perogrullo afirma que Edison se está volviendo loco en el terreno de la fantasia científica. Yo, por mi parte, prefiero a Edison loco, que a Perogrullo con sus cinco sentidos-cinco, dicen ellos.- ¡Todo, exclama Perogrullo, es numerable!
- * (Escribo ahora aprendiendo a explayarme en explicaciones. El lector recordará que, con propósito de hacerse conocer, es preciso, de toda precisión, hacerlo así. De continuo intentando realizar pinillos en esto de explicarme sin mi cerrada concisión antigua. ¿Estaré logrando el objetivo?)
- * Enormes contradicciones existen en la concepción académica o vulgar del tiempo, el

movimiento y el cambio. Siga la demostración exigible.

* El tiempo, sea cualquiera su medida en Marte, en Saturno, en Sirio o en la Tierra, sea cualquiera su relatividad, posee relaciones permanentes con el mundo. En circunstancias iguales, se manifiesta el mismo. ¿Que en el Sol el tiempo es otro? Esto es un disparate; es el mismo, manifestándose en otra forma, y nada más.

* Tiempo es la distancia potencial efectiva y objetiva que separa la sucesión de los actos, en virtud de la continuidad de lo diferente por lo análogo. Es, pues, una dimensión fija.

La anterior definición, que explicaré enseguida, está publicada en la página 29 de la tercera serie de «Mis primeros Ensayos», en 1917, esto es, hace seis años, muy antes de aparecer explicado en Europa el tiempo como una dimensión. Y es más todavía: afirmo, a continuación, en la misma página: «acto es la continua variedad de lo análogo y diferencial del espacio. El movimiento, o, en otras palabras, el acto, es diferencia en la susodicha acepción del vocablo: no es cambio. Entonces la suma perfección es un ser fijo».

Por lo tanto, en América se afirmó, en 1917, que el tiempo es una dimensión y tan perma-

nente como el espacio.

* Al decir que el tiempo es la distancia potencial efectiva y objetiva, quise decir, ha tantos años, lo siguiente: la palabra distancia supone la relación o existencia de materia entre dos actos, o, mejor, entre dos cosas. Mas, ¿puede existir esà relación entre un minuto pasado y el instante presente, o, expresado en modo más categórico, entre una cosa que no es-que pasó-y una cosa que es? ¿Es posible la relación entre las existencias y la nada? Si esto es posible, mi definición es un disparate. Pero, si lo contrario, resulta una evidencia matemática. Escoja el lector.

- * Consecuentemente, el pasado no es la nada, no ha perecido. Y, el porvenir es algo, necesario y determinado, que prolonga la vida presental hasta lo infinito concreto.
- Luego, si hay una distancia que separa el punto A y el punto B de una mesa, de un plano, también existe, en la dimensión tiempo, entre el instante A' y el instante B' una materia tan concreta como la del espacio, que no perece, tanto hacia el pasado como hacia el porvenir. Pues no resulta una inconsecuencia monumental que lo que pasó se haya hundido en la nada y lo porvenir esté en la nada? Esto, lo repito, supone falsas conexiones entre la nada y lo que existe.
- * Ahora si sabemos qué se hacen las formas que, al decir de la filosofía oficial, perecen. Las leyes, cuya existencia en la forma está demostrada, ejercen su función en la dimensión tiempo, en virtud de lo que llamamos acto o movimiento.
- * Con ello no diria yo que el tiempo es la cuarta dimensión. El tiempo es la segunda dimensión; el espacio es la primera dimensión. Lo ancho, lo largo y lo profundo, son moda-

lidades de la dimensión espacio y, si se quiere, de la dimensión tiempo. Es útil saber generalizar con más aplomo la fenomenología de la naturaleza.

- * El movimiento equivale en el tiempo a una modalidad de distancia, análoga a lo ancho, lo grueso y lo largo del espacio. No puede haber en él la contradictoria existencia de formas que se crean y se hunden alternativamente en la nada, porque, todo el mundo sabe, inclusive el Perogrullo de nuestros laboratorios académicos, que la nada es nada, bajo la consideración y recursos del raciocinio moderno. El cambio es una apariencia, necesaria a nuestro plano visual terreno, a nuestro plano visual exclusivamente terreno;-que no me refiero a otros planos en que las aptitudes son otras y niegan las más estrechas leyes de la química y de la física oficiales—es una simple apariencia que desaparece, por entero, para el efecto de la conservación de la divinidad del Kosmos. para el efecto de la economia del Kosmos.
- * El movimiento supone, en la acepción perogrullesca de la palabra, al cambio, y, el cambio supone al accidente. En 1917 escribía yo en la serie ya mencionada de mis ensayos, página 14: «la necesidad y la accidentalidad se excluyen. El tiempo y las otras modalidades no tienen sentido alguno fuera de lo necesario, y, en consecuencia, dentro del accidente». Por tanto digo que el cambio no es, porque no es necesario que las cosas aparezcan y desaparezcan en él, saliendo de la nada y entrando en la nada, en su caprichosa variabilidad.

- * El ser que se hunde en la dimensión tiempo es, precisamente, el que se cree que desaparece en la nada. El movimiento y el cambio son estabilidades de la dimensión temporal, tan extensas como los planos, los volúmenes, las aristas y los vértices. En el sentido oficial son ilusorios.
- * El camino que recorre un objeto que se mueve, equivale, en el espacio, exactamente al tiempo que se ha necesitado para recorrerlo.
- * El movimiento es una estabilidad subordinada a la dimensión tiempo. Las diversas velocidades ni lo precipitan ni lo retrasan, de la manera misma que las pequeñas o las grandes distancias espaciales, ni achican ni alargan el espacio.
- * Las distancias espaciales son, pues, correlativas de las funciones temporales del movimiento: son los planos de contacto de estas dos dimensiones: espacio y tiempo.
- * Del mismo modo que para el objeto de recorrer una distancia espacial, se necesita un tiempo determinado, para transcurrir un tiempo determinado, se necesita una distancia espacial determinada.
- * Una misma distancia espacial puede ser recorrida en distintos tiempos, pero no con igual cantidad de energia, porque las distancias están siempre más o menos plegadas, tanto en el tiempo como en el espacio. Entonces, la correlatividad de distancias espaciales y temporales, vuelve a su sitio, con la siguiente ley:

La distancia temporal del movimiento, plegada a una energia A, recorre, con entera exactitud, una distancia espacial determinada y equivalente, una distancia espacial A'.

La ley es clarisima: un mismo movimiento

recorrerá siempre la misma distancia.

- * La carrera del movimiento es un plano temporal, que se quiebra en la arista temporal denominada cambio, con propósito de constituir un volumen temporal. La arista temporal cambio coincide con el presente, que es una arista del espacio, y cuando hace desaparecer las formas de nuestra mirada, las prolonga en la dimensión tiempo.
- * Todo cuanto va a venir y todo cuanto pasa, existe de un modo definitivo en una dimensión que no vemos. ¿Vemos, acaso, otras tantas cosas ocultas que existen? Además ¿cómo es posible que el presente sea la única realidad concreta? Lo concreto está relacionado con lo concreto, en el pasado y en lo porvenir. ¿O cada presente sale de la nada y va hacia la nada, que no existe racionalmente hablando?
- * Dilema: o el pasado y el porvenir son, en estos precisos momentos, algo objetivo y concreto, o la razón es un perfecto contrasentido del espíritu.
- * Entro ahora a la parte pintoresca de la teoría. ¿Qué se hicieron la civilización griega y romana? ¿Qué se hizo el pasado del hombre? ¿Qué se hizo el pasado geológico de nuestro planeta? ¿Qué se hizo mi propio pasado?

- * En estos momentos en que escribo, Sócrates se dirige a sus discípulos en Grecia, y Cicerón habla, como padre de la Patria, en el Senado romano. Toda la historia es una concreta, una objetiva realidad, dentro de la dimensión tiempo. El mundo es la película de un cinematógrafo, en la cual las figuras están absolutamente fijas, antes, en la hora de ser proyectadas a través de los lentes y después de serlo. Sin embargo, a la hora del espectáculo todo parece, en la proyección, obra de un movimiento vivo y variable en las figuras. Nuestra función es interminable, pero no menos fija que ésta.
- *¿Qué se hizo el pasado geológico de nuestro propio planeta? La tierra no es una simple esfera, ubicada tan sólo en el espacio: se prolonga, en sí misma, hacia el pasado y hacia el porvenir. Si es cierta la teoría de las nebulosas, allá está ella incandescente en el seno de los pasados espacios y, en cada uno de sus momentos evolutivos, tal cual fué, de un modo absoluto e íntegro. Y, mucho más aún: ya está, ahora mismo, en el porvenir, con todas las aparentes modificaciones de las centurias y de los milenios. Se prolonga, hacia atrás y hacia adelante, infinitamente...
- * ...Y, así, todo el cielo, hacia el pasado y hacia el porvenir...
- * El mundo, en esa forma, aparece más asombroso. La concepción de Dios se agiganta...
- * ¿Qué se hizo mi propio pasado? Yo, el que estuvo en el seno de mi madre, está en él. Yo, el que yo digo que estará en la tumba, está

en ella en estos instantes precisos. Mi pasado está tal cual fué, ahora, en la segunda dimensión. Mi porvenir es una realidad tan efectiva, como este presente en que escribo y en que escucho el cantar de los grillos...

- * ¿Más complejo el mundo? Si: y por lo mismo más admirable.
- * Y la libertad ¿qué se hace? ¿No es esta una especie de fatalismo? La solución de ese problema es asunto nuevo también, que tengo aclarado en mi diálogo filosófico «Ruinas y leyendas», y en otras obras análogas.
- * El presente trabajo está complementado en un diálogo inédito que titulo «El movimiento». Multitud de comprobaciones, de carácter científico, se insinúan en el curso del diálogo mencionado.

Realizada la advertencia anterior, me propongo finalizar el opúsculo, con un saludo a la juventud original de América, que trabaja por la independencia espiritual del continente, en la fundación heroica de un Arte nuevo, de una Ciencia rectificada y aumentada y de una Filosofía libre de añejos prejuicios clásicos...

En ustedes, jóvenes intelectuales de la América, se abrirá campo el sueño de la segunda independencia, que se ha de adquirir contra la antigua Europa. ¡Es preciso encontrar las huestes del nuevo Bolívar que aparecerá en las selvas espirituales de América! ¿Estará incubándose entre ustedes? ¡El porvenir del Mundo está en América! Confabúlense en tenaz rebelión sus artistas, sus sabios y sus filósofos...

¡La gloria futura está en la originalidad de América! EL MOVIMIENTO

V

Justo A. Facio, eminente educador y fino poeta: pongo en las manos respetables de Rosarito Brenes de Facio, su encantadora esposa, el receptor por el cual se escuchen las sinfonías ideológicas de este diálogo. Que aparte del oído la guedeja juvenil y escuche las voces de Roma.

CUETONIO.—Aquí, maestro inmortal, en este paisaje de frondas y de brisas serenas, en que las aguas del lago dan el tono peculiar del paisaje con la transparencia y la musicalidad de sus ondas, con sus reflejos fantásticos de árboles, de columnas romanas y de estrellas: aquí, en este paisaje dulcísimo, Paulino, tú, pensador de clásica estirpe, habrás de explicar a tu discípulo la relación que existe entre la eternidad y fijeza del mundo, con el veleidoso afluir incansable de las formas, que todo lo arrastra en el tumulto universal del movimiento. Maestro: explicame. Los dioses, como siempre, serán gratos a la pureza y trascendencia de tu espíritu y, dentro de la filosofía consecuente, rodeado el recuerdo de antiguas estátuas helénicas, posarás tu sandalia en la senda enarenada.

Paulino.—Bello y penetrante Suetonio: el agua, la incansable compañera de tus ensueños clásicos, refresque mi espíritu para llevar a tu ánimo mi convicción profunda. Que su dulce rumor envuelva mi palabra de sagrados bálsamos y, que el susurro de los cipreses y los contornos robustos de las estátuas romanas, nos lleven por las veredas inaccesibles a todo vulgar esparcimiento de las facultades. ¡Bendita sea la transparencia simbólica del agua; benditos los cipreses; benditos los cincelados mármoles! Bello y patriarcal Suetonio: escúchame...

La fijeza del mundo es una intuición universal dentro de la filosofía consecuente; y, dentro de ella misma, el movimiento es la representación engañosa del cambio. Yo sostengo, caro discípulo, que el rigor de esta filosofía, la única conocida por el hombre, exige de un modo absoluto las siguientes afirmaciones: No puede existir nada en la nada; no puede salir nada de la nada; no puede incorporarse nada en la nada...

No quites, ni por un momento, hijo mío, tus ojos de esas palabras incontrovertibles. Pues bien: en tal caso el cambio de forma es un error evidente. Porque lo que existe—la forma existe—no puede existir en la nada, no puede incorporarse en la nada, no puede salir de la

nada ... ¿Comprendes, Suetonio?

S.—Ahora recuerdo tu axioma: la forma existe, la forma es esencia, la forma es invariable. De lo contrario, maestro preclaro, habriamos de suponer, de un modo necesario, que la forma que pasó en el tiempo hizo su absurda incorporación en la nada; que la forma presente se extrajo a sí misma de la nada; que hay algo que puede existir y no existir en un mismo lugar y a un mismo tiempo, lo cual es ilícito en los dominios exclusivos de la filosofía consecuente. ¿No es esto, venerable anciano, padre de la patria y defensor de las libertades de Roma? ¿No es esto, Paulino?

P.—Nuestro proceso discursivo sigue siendo el mismo: yo inicio la palabra, el razonamiento; tú continúas en ella, jinete en sus ancas, por las marañas del bosque, por las abruptas regiones de las montañas, hasta levantar el vuelo

sobre las cumbres...

S.-Mas, Paulino eno anda por un lado la

experiencia del tiempo que todo lo devora en su vórtice, y, por otro, la rigurosa razón humana?

P.—Pero ¿qué culpabilidad hay en ello? ¿No es cierto que siempre nos vemos impelidos hacia la filosofía inconsecuente, hacia las abigarradas selvas de mi sistema, que ha provocado singular desconcierto entre los corros de nuestros sofistas latinos? ¿No es cierto, Suetonio?

S.—Ahora entiendo a donde me llevan tus palabras, maestro. Los hombres han sostenido siempre que el movimiento es un simple cambio de lugar, de las partes o del todo de un objeto cualquiera, dentro del transcurso del tiempo... Después se ha realizado el milagro de una clasificación atrevida del mundo: lo nóumenal y lo fenomenal, lo invariable y lo fugaz, lo transitorio, lo estático y lo móvil eternos en el orbe... Lo uno múltiple, fluyendo de lo otro estático, en una extraña combinación de cosas que dejan de ser y entran al ser, movidas, producidas por lo inmóvil y eternamente fijo...

P.—Suetonio: eres un dialéctico irresistible, vencedor en la batalla de las ideas como en las carreras de caballos del Circo. Sólo que, dentro de las luchas del pensamiento, hacen falta las aclamaciones estruendosas de Roma, que te mereciera en aquella tarde victoriosa

los favores imperiales del César.

Mas espera: deseo que no me prives del orgullo de referir lo que sigue. Hagamos un poderoso esfuerzo dentro de la filosofía consecuente, por explicar el movimiento con una hipótesis extraordinaria.

S.—Habla, maestro. Deseo escucharte como nunca. Sé que harás prodigiosos esfuerzos con objeto de crear una forma nueva de comprender el tiempo y el espacio, en el examen de

este problema. ¡Habla!

122

P.-Hijo mío, lo que fué no puede dejar de ser; lo que será no puede existir en la nada; lo que es no puede salir ni entrar en la nada. Por lo tanto, Suetonio, todo es fijo en el mundo...; todo es continuidad de todo, en forma estable y absoluta. Si algo es capaz de crearse, si algo es capaz de cambiar en el movimiento, este algo sale de la nada y es susceptible de entrar contradictoriamente en la nada. Lo que en el movimiento parece cambiar de lugar está en reposo, porque el cambio implica dejar una forma en la nada para plasmarse en una nueva forma que existía con anticipación en la nada. Los antecedentes del universo no pueden ser cosas que pasan, ni sus consecuentes cosas que no existen de un modo presental, absoluto, en la eternidad... La finitud aparente es una aparente ilusión; sólo ha de existir lo infinito, que no se mueve, que no cambia, porque no está en aptitud de entrar a la nada o salir de la nada. Sólo es lo eternamente fijo e invariable...

S.—¿Y cómo explicas este cambio aparente del movimiento, en lo temporal y lo espacial?

P.—Ya te he dicho que el universo puede compararse a un infinito abanico de infinitos pliegues y varillas. Cada varilla es un plano: el espacio es una varilla; el tiempo es otra; ambos están fundidos en una conexión inexpresable. Lo pasado y lo por venir están dentro del plano tiempo; lo que es está dentro del plano espacio. Tú, que corriste en el Circo en el tronco poderoso de tus caballos, estás actualizado en cada uno de los instantes de la carrera, dentro del plano tiempo. Ahí está el César viéndote correr; ahí está el pueblo de

Roma aplaudiendo la nobleza de tu esfuerzo; ahí está la corona que ciñó tus sienes vencedoras, Suetonio. Tú eres infinito y te prolongas en formas infinitas, como la gota de agua en la inmensidad del océano se repite y se repite, en formas análogas, que tienen relación estrecha entre sí. Tú estás ya en el porvenir, ya, en estos instantes precisos. Tú estás en el vientre de tu madre y en el vientre de la sepultura, ya, de una manera absolutamente simultánea, noble Suetonio.

S.-: Y qué comprobaciones científicas argüirías ante un incrédulo con propósito de demostrarle que las cosas son, en estos momentos, en el porvenir? Soy el incrédulo: te propondré, maestro, todas las dificultades posibles. Quiero vaciar en mi copa la sonoridad convincente de tu verbo. De seguro que si continuases durante la mitad de esta noche estrellada hablando de las trascendentales novedades que preocupan armoniosamente tu espíritu, las estátuas de los pensadores antiguos y de los dioses antiguos, terminarian por bajarse de sus pedestales de mármol, Paulino, y vendrían complacidos a escuchar tu palabra, bajo la sombra suave y nocturna de los cipreses y al fresco rumor de las ondas que trizan los reflejos del lago. Y recuerda que sobre sus hombros se posan, en noches como esta, las aves simbólicas, como si llegasen de tierras lejanas, de la India y del Egipto, enviadas por las numerosas estátuas del bosque romano, a traer los secretos olvidados de ciencias remotas, de las cuales tú podrías ser, a través de los siglos, un heraldo inconsciente. Valga, pues, el paréntesis de vagos ensueños... Soy el incrédulo: dime qué experiencias has consultado para confirmar la hipótesis de la presencia absoluta del mundo

futuro. P.-¿Qué es el presentimiento, hijo mío? Tú mismo lo has experimentado. Olvidaste que antes de la última fiesta en el Circo, nos contaste a Catón y a mí, en la glorieta de Pompevo, un sueño extraño? ¿Por qué viste, Suetonio, en la carrera gloriosa de tus caballos, que aquél esclavo era atropellado por las ruedas de tu carro? ¿No se repitió después, en la realidad presental, el mencionado suceso, tal como lo viste en sueños, sin la menor alteración del medio, sin más diferencia que en el primer caso dormias y en el segundo manejabas magistralmente las riendas de tus cuatro caballos? ¿Cómo se puede explicar esto de un modo fisico? Presentiste el porvenir, Suetonio, porque, en circunstancias especiales, lograste con anticipación prolongarte en el plano tiempo, que penetra infinitamente en lo futuro. De qué otra suerte podría estar el tiempo que viene en el Dios eterno y onmipresente que abraza todos los dioses de nuestras mitologias? Ya ves, hijo mio, que a la comprobación física y objetiva, si se quiere, de tu sueño, agrego yo, con la mayor simplicidad, otra prueba, de carácter teológico. ¿Y quién no ha tenido sueños semeiantes?

Una tarde deliciosa, Favonio, que iba en su litera a orillas del Tiber, sintió que pasaba ante sus ojos un velo. Y, después, vió delinearse en él, de manera gradual, un vasto incendio. Vió los torbellinos del humo y vió la multitud amotinada en las calles, minuciosamente. Dos horas más tarde se repitió ante él la escena, tal cual la había observado en su litera, a orillas del Tiber. ¿Querrías otros casos, fuera

del tuyo propio y fuera del ocurrido al noble Favonio? Dímelo, vencedor en la carrera de los caballos...

S.—Sé, maestro admirable, en la forma en que debo escuchar tu laconismo. Tu das la semilla y, dentro de ella, van sus incontables consecuencias: las raíces, el tallo, que más tarde se convierte en tronco; las ramas, las flores, los frutos, y, acaso, el bosque entero... Meditaré sobre estas efectivas y raras experiencias, en relación con tu atrevida teoría de la absoluta fijeza del movimiento eterno. Pero ¿puedes decirme, Paulino, qué comprobaciones experimentales aduces a favor de esa mencionada teoría, en lo que respecta al pasado?

P.—Así como en el espacio las cosas se extienden y se unen entre si, en virtud de relaciones tangibles, de igual manera se provectan a lo largo del tiempo. La distancia que existe entre un instante y otro instante, en el tiempo, está ocupada por una conexión temporal que no admite vacio posible, que no admite la presencia de la nada. ¿Sería fácil imaginar entre un átomo y otro átomo el vacío absoluto? Pues de igual modo podría pensarse en átomos temporales, entre cuyos intersticios habría que diluir el éter de los filósofos antiguos, que no es sino un infantil pretexto, para dejar la incógnita en el mismo estado, anterior a toda inquietud reflexiva... Ahora bien: ¿por qué de un instante sale otro instante? Precisamente esto nos demuestra la ineludible naturaleza de las conexiones absolutas del tiempo inmóvil.

Por otro lado, cuentan los preocupados de estos fenómenos que el hombre, en momentos de extremado peligro, tiene una extraordinaria videncia retrospectiva. ¿Ocurrirá esto porque se toque, en una forma insólita, el plano tiempo, en las proximidades a la muerte? Entonces lo que llaman simple recuerdo luminoso, no es sino la directa visión de la perspectiva temporal hacia atrás, hacia un plano que se deja aparentemente: el plano carnal. ¿Cómo ha de explicarse que un moribundo vea, en tan corto espacio de tiempo, con una vivísima claridad, el vasto paisaje de toda una vida humana? Sé que hay quienes lo explicarán como una simple manifestación de apego a la vida, en este mundo en que la ciencia se cree tan adelantada, en que las contestaciones se hacen, casi siempre, antes de haber formulado las preguntas. ; Mas, Suetonio, la infantilidad humana tiene tantos y tan irreductibles aspectos!

S.—Nada más comparable a la actuación del tiempo a través del pasado, del presente y del porvenir, Paulino, que la moderna maquinaria del cinematógrafo (1). Las figuras todas están fijas en su continuidad armoniosa. El movimiento, esto es, el tiempo, las hace aparecer animadas, cuando, en efecto, están absolutamente fijas en la película. A través del espacio la inmensa película del mundo pasa ante la contemplación de otro plano, que no es el del tiempo y el espacio, por más que les sea correlativo: el plano espiritual, en que los pensamientos atraviesan los sólidos y las más grandes distancias del globo. ¿No será oportuno llegar, maestro, en la comprobación de estas cosas, a la moderna e incontrovertible telepatia, cuyos fenómenos asombran a los investigadores más envueltos dentro de los

equívocos del prejuicio innato? Paulino: observo que el problema multiplica infinitamente sus sentidos diversos: telepatía, hipnotismo, ciencia espírita... Planos innumerables; y aristas y vértices que delimitan a esos planos, no idealizados como sería de esperarlo, y no intuídos en el curso entero de la historia de la ciencia, del arte, de la filosofía y las religiones...

P.—Sé que en esta curiosa conversación queda mucho implícito; si alguien nos escuchase, dependería de él, de su propia cultura y comprensibilidad, el extender debidamente los puntos que ahora apenas se mencionan. Pero, necesitariamos oyentes que nos hubiesen atendido, en toda su profundidad, los principlos fundamentales de la hipótesis: el movimiento no es cambio, porque el cambio entraña. dentro de la filosofia consecuente, tres actos en absoluto contradictorios: 1.º, el objeto que se mueve, tiene necesidad de extraer de la nada, las nuevas formas que asume; 2.º, esas nuevas formas, actualizadas por breves instantes sucesivos, al cambiar, suponen un violento ingreso en la nada; y 3.º, la esencia inmovil y eterna del Universo, se supone, con la existencia del cambio, que produce ella misma, contradictoriamente, los objetos variables. De estas se desprenden infinitas contradicciones tanto o más evidentes que ellas. Suetonio. Por ejemplo: al pensar en la mencionada economía universal se niega el ser de la evolución. ¿Necesita llenarse, acaso, lo que está lleno en absoluto? Y la evolución sin cambio no existe: es un entrar y salir de la nada, que cambia eternamente los valores del mundo; un afluir incansable de universos inespe-

⁽¹⁾ El diálogo no podrá dejar de recurrir a las cosas actuales. La época es fantástica.

rados y un morir eterno de leyes divinas de otros universos. ¿Quién nos sacará de esta contradicción, Suetonio, ciudadano de la Roma conquistadora? Pase ante mí, hijo mío, el desfile de todos los filósofos consecuentes, que deseo escuchar en estos momentos la palabra definitiva: pasen, con este propósito, los dioses de la India, los dioses del Egipto, los dioses de Grecia y los dioses que protegen las espadas de nuestros césares. ¿Quién dirá la palabra sagrada, Suetonio?

128

S.—Padre mio, llegas a menudo, con una enorme facilidad, a los bordes del asombro...

P.—Mas continuemos, hijo dilecto, hablando de las consecuencias astronómicas que se desprenden de mi teoría del movimiento y los planos infinitos. Estoy dispuesto a hablar para aquellos que tienen oídos; para aquellos que, poblando el espacio invisible, nos escuchan ahora lejos de toda vanalidad terrena.

MI TEORIA Y LA DE EINSTEIN

VI

Mi filosofía no estratifica: sugiere.

No es mi propósito solicitar al mundo metafísico el derecho de anterioridad en lo que de característico y esencial contiene la hoy denominada teoria de Einstein. Cierto que en mi Paulino y Suetonio, publicado a principios de 1919, el problema que aborda el venturoso pensador europeo, está planteado rigurosamente. Pero, también es cierto que Einstein supo disponer de medios superiores de publicidad, en donde la critica filosófica es cosa constituida por facultativos capaces de distinguir lo nuevo de lo antiguo, sin mayores esfuerzos. Y, además, supo singularizar su teoria vistiéndola de multitud de consecuencias menores, que hacen más accesibles a la comprensión v al aplauso de las multitudes estudiosas, las abstracciones filosóficas. Todo esto es cierto v, por lo tanto, la mencionada anterioridad no disminuye en un ápice la luminosa primacía del colega alemán.

* La teoría no absorbió mi atención de un modo total cuando la hube creado, porque, dentro del terreno de mis investigaciones, era cosa secundaria y, si se quiere, y en cierta forma, producto de accidentalidad. Mi camino estaba abierto dentro del examen riguroso de las causas y modos de obrar de la inteligencia y de la razón; y la teoría es un simple producto consecuencial de ambas. Así me ha ocurrido con otras teorías tan importantes como la de Einstein o, para hablar fuera de personalismos que no importan, como con la teoría de la

relatividad. Por ejemplo, mi explicación del movimiento, que hoy explico en otro diálogo, con alguna extensión, seria capaz de meter bulla en Europa, si estuviera escrita en francés, en alemán, en inglés, y si su autor pudiera entablar cuantiosas discusiones en caso de que se suscitaran dudas de eminentes personalidades conocidas. Pero, ahora quiero demostrar, ahora que me preocupa la liberación intelectual de América, que en estas tierras es posible pensar por cuenta propia, de un modo inaudito y profundo. Y será ésta una labor fácil y sencilla, ahondando, como no se ha hecho hasta ahora, esa teoria de la relatividad, aunque a vista de pájaro, en los mayores planes de la filosofía: el plano ético, el plano estético, el plano religioso, el plano cientifico, etc., etc. Claro está que el material es vasto y sus singularidades racionales inequivocas para el estado actual de la razón humana. Si este opúsculo llegara a manos de Einstein, habria él de pensar que en la naciente América latina hay un polo de atracciones magnéticas que es preciso descubrir a la ensimismada y decadente Europa.

* No hay que alarmarse si mi teoria tiene distintos modos de presentarse que la de Einstein, pues he afirmado que las conexiones existen en lo esencial. Seguiré mis propias huellas del año 1919, sin reatarme a ajenas determinaciones posteriores a esa fecha, de otros hombres. Voy a hablar acerca de cuestiones astronómicas.

He afirmado lo siguiente en Paulino y Suetonio, mi primer diálogo filosófico:

«Paulino.—Lo vas entendiendo todo, singular Suetonio. ¿Podrías hacer una aplicación astronómica del mismo principio de multiplicidad diferencial?

Suetonio.—¿Te refieres a la monotonía de los sistemas solares, repetidos hasta lo infinito, sin más diferencia que la de los tamaños, sometidos a idénticas leyes y a

idénticas formas correlativas? Sí, es indudable. El mundo no puede ser tan monótono; es preciso que las mismas leyes de la armonía de formas y contenidos sean particulares manifestaciones del mundo, infinitamente vario. Más allá de los soles y sus satélites, hay otras esencias distintas, a las cuales corresponden otras ciencias superiores, o inferiores a éstas. ¿Por qué hemos de pensar que la forma más perfecta del universo es la esfera? ¿Porque nosotros no conocemos otra superior? El hombre es la medida de su comprensión; y no eleva su entendimiento sino en su propia naturaleza humana, limitada y siempre egoísta. ¿Y sin embargo no encuentra el hombre mayores revelaciones a medida que avanza en sí mismo? Etc., etc.

Bien. Si en cantidad y en apariencia el universo no puede ser sólo un amontonamiento infinito de estrellas, tampoco es fácil suponer que las leyes fenomenales adquiridas por la ciencia, sean tan sólo ellas mismas, ni en su esencia, ni en sus procesos múltiples. Las leyes astronómicas pertenecen de manera exclusiva a nuestra finitud estelar. No podemos suponer que después de las estrellas exista la fenomenologia necesaria y única de sus particularidades. De lo contrario nos ocurriría como al pez de los fondos marinos: para él el universo no es más que una simple transparencia más o menos clara y teñida de monótonas coloraciones azules, amarillas, plateadas, doradas, verdes....; pero, ninguna otra cosa más, fuera de la inmensidad del agua....

* Si la tierra tuviera unos cuatro volúmenes más del que hoy conserva, la historia del espíritu humano seria otra: los sistemas filosóficos conocidos serian otros; la ciencia sería otra; la religión otra; el arte otro; todo sería hoy, otra cosa distinta. Y, a pesar de ello, la fantasía de los astrónomos quisiera que los mundos poblados en el cielo estuvieran hechos a nuestro propio y simple patrón. ¿Verdad que es sencillo recordar al pez de los fondos marinos?

- * Tal cosa indica que dentro de la finitud misma de las estrellas existen fenómenos con cuyo conocimiento se relativizarían profundamente las más altas matemáticas astronómicas que nos fuera dado imaginar a los hombres. Y ¿qué podriamos pensar de otras formas ignoradas de existencias matemáticas, fuera del conjunto maravilloso de los astros?
- * Y no se diga sólo del dominio exclusivo de las matemáticas. Piénsese en cualquiera ciencia reconocida o, simplemente, posible. Sin embargo, Göethe, con una vanidad impropia de su genio, con una confianza vanal en las capacidades humanas, alguna vez afirmó que cualquiera que pretendiera ser original seria un necio, un torpe espiritu. ¡Pobre Göethe!
- * Así, en el mundo objetivo, o, para decirlo amparado bajo el oficial tecnicismo: así, en el mundo científico. ¿Pues vamos a empeñarnos en que la ciencia ha de conocer ya toda la fenomenologia bruta u objetiva del mundo? La geometría, por ejemplo, sostiene que es la esfera la forma más perfecta. Ahora corregirá del siguiente modo: entre las formas conocidas del hombre, en nuestro propio plano (Plano, y no universo, como afirma torpemente Einstein), la esfera es la más armoniosa y reune las mayores perfecciones geométricas. Conocemos, por lo tanto, el a, b, c, de esta ciencia profusa e infinita.
- * Se me antoja que las leyes de la telepatía son más propias de otra dimensión que de la dimensión objetiva. En ese otro plano, no hay distancias, y las cosas están unidas dentro de un nexo insospechado. Lo mismo al tratarse del inalámbrico. No existen las tales ondas trasmisoras, que se perderían en las inmensidades del espacio objetivo o se gastarían inútilmente. Bien que la electricidad y la luz caminan tanto como esas fuerzas a través de tantos y tan enormes obstáculos. Sea

lo que se quiera, este es un simple detalle científico que no afecta, con gravedad, la materia. Si no en ello en otras afirmaciones de la ciencia cabrán explicaciones de la índole indicada. Los sabios deben abrir con menos petulancia los ojos, ante el campo complejisimo de la observación y de la experimentación científica. La relatividad es un látigo para ellos.

- * La relatividad como método resulta un elemento prudencial inapreciable, del cual no se ha hablado. Crece con ella la actitud receptora y expectante. Es como si se abrieran más las tenazas para abarcar mayor cantidad de material disponible. No se olvide que la ciencia es fenómeno y es método. Sea este párrafo un pensamiento dicho entre paréntesis.
- * Me parece que la principal y casi única preocupación de Einstein, ha sido la de aplicar nuestra teoria, al mundo objetivo. Por ello, pasemos sobre él hasta llegar a cuestiones mucho más delicadas: por ahora al problema estético.

La belleza supone una oposición: la oposición de lo feo y lo bello. Lo feo no es, en manera alguna, un capricho de la naturaleza, puesto que existe. Pero tampoco es entidad racional y consecuente; no es materia de afirmación exacta y absoluta. Sólo habria en el raciocinio humano una manera de confirmar la armonia de lo consecuencial en lo feo y lo bello: la incontrovertible existencia de las dos unidades absolutas, incontrovertible por su virtud racional y explicación admisibles, que justifiquen las pretendidas delimitaciones matemáticas entre la belleza y la fealdad: ambas cosas se compenetran y confunden copiosamente. (1)

* Por tanto: lo bello no es una simplicidad, un punto

⁽¹⁾ Véase mi estudio sobre la unidad absoluta, en mi diálogo filosófico: «Paulino y Suetonio».

de partida, que pueda orientar los pasos de una civilización milenaria; lo feo, por consecuencia, lo mismo. Surge entonces una palabra moderna y mágica, a resolver, en exigente hipótesis, la eminente dificultad metafísica de la estética contemporánea: relatividad.

- * Si el reguero armonioso y aparentemente infinito de las estrellas, no es la marca del universo, como nos habia sido dado creerlo, asimismo, no hay escuela estética, por adelantada y luminosa que sea, que pretenda con justicia universalizar sus cánones y estrecharlos, a la vez, dentro de un dogmatismo más o menos excelente para la contemplación de un milenio. Creo más, aún. Todas las escuelas conocidas y las futuras escuelas estéticas, son como las estrellas, racionales, justificables, fecundas, bellas en diversos aspectos: unas serán más amplias que otras; en éstas vivirá tal género de habitantes poéticos; en aquéllas, tal otro género de ninfas y dioses musicales; en otros, tal organismo de pesados y majestuosos rinocerontes. Mas en todos, sin excepción, existirá, de reflejo, o por cuenta propia, la luz de las estrellas, cuya explicación reside con entera simpleza en la razón de existir, luminosamente.
- * He afirmado en 1919 que lo bello y lo feo constituyen una dualidad provisional, que facilita a los hombres su apreciación emotiva; y constituyen un recurso en la lucha por la comodidad, un método tranquilizador de ordenamiento de emociones. Pero no un estribillo imprescindible que sea capaz de explicar los secretos últimos de ninguna naturaleza; esto no, bajo ningún concepto. Además, he afirmado, en esa época, que lo bello y lo feo son dos términos, entre los cuales, fuera de los cuales, más allá y más acá de los cuales, existen infinitas determinaciones, tan importantes como las de la fealdad y la belleza. Son dos notas de un conjunto armonioso infinito...., armonioso para nuestro punto de vista. ¿Se comprende ahora hasta qué punto

abria yo, antes de aparecer la teoria que denominan de Einstein, las puertas de la posibilidad infinita? Los más amplios sistemas filosóficos aparecen, ante éste, a manera de inquisitoriales tribunas dogmáticas, de microscópico alcance....

¡Pobre Göethe, el que sostenia que los hombres no podrian aspirar a la originalidad!

- * Pues entonces, dirán algunos, a quemar estéticas. Nada de esto, caballeros. Nosotros somos asi, porque el universo nos ha hecho asi, porque Dios nos ha hecho asi. Todo afán ha tenido y tiene su profunda explicación. Afánense los románticos, afánense los místicos, afánense los naturalistas, afánense todos por colmar bien las aspiraciones de la propia escuela adquirida. Paso a paso iremos a la conquista de la infinita riqueza con que nos va brindando la infinitud cósmica, en su derroche infinito de piedras preciosas y metales preciosos.
- * El universo se ensancha, al calor de semejantes consideraciones, en forma inaudita. Y la Historia de la Filosofía parece residir, en estos momentos, en las salvajes cavernas de la edad de piedra...
- * Señor Einstein: tampoco es definitiva y del todo aplicable al asunto la palabra relatividad, si la sometemos a un examen más hondo. ¿Qué entiende Ud. por relatividad, señor Einstein? Al decir relativo Ud. supone lo absoluto; lo supone y, al punto se resuelve por lo relativo. ¿Por qué tal determinación, señor filosófo? Apesar de ello, el vocablo tiene su magia, que acepto provisionalmente. Apéguense a ella los discipulos que cultiva ahora el señor Einstein y que disponen de todas las gigantescas rotativas de Europa. En tanto me trituro los sesos pensando en mi editor y en la futura suerte de mi manuscrito. ¡Oh campos de América estos tan cerrados todavía al avance de las altas especula-

ciones! ¡Oh, señor Einstein! ¡Cuánto me alegro de que haya aparecido Ud. entre el bullicio de las rotativas!

* Lo absoluto y lo relativo son otros dos términos metodológicos equivalentes a lo bello y lo feo, y, a tantas otras dualidades cuyo examen dialéctico preparo. Entre ellos y fuera de ellos, y más acá y más allá de ellos, el universo, en lo que les corresponde, se abre como un infinito abanico: cada varilla es una determinación análoga a la relativilidad y a lo absoluto. ¿Cómo se las arreglarán los seres inteligentes, en esas dimensiones, para apreciar la ciencia, y la filosofía y el arte, señor Einstein! La cosa se complica.

* Se ha divagado sobre la cuestión estética. Voy a encarar ahora el mencionado imperativo ético. Su dualidad: el bien y el mal. Son, desde luego, afirmaciones de nuestro plano, ya se vé, afirmaciones relativas. ¿Qué nos autoriza en el raciocinio metafísico para creer que el bien y el mal constituyen las dos caras de la medalla cósmica? No soy amoral, conste; y menos inmoral. Pero, nuestra ética es apreciable para el plano evolutivo en que vivimos, y nada más, del mismo modo que las estrellas son propias tan sólo de una parcela del Univero, bastante limitada para no ser infinita.

Repito que nosotros obedecemos, al presente, a la consigna del bien y el mal, que Dios ha puesto en boca de sus ángeles y en el corazón de los hombres. Mas, por ello, ¿hemos nosotros de pensar que en el infinito número de planos universales, la vida es la misma, el pensamiento el mismo, la conciencia la misma y a fin de cuentas, que todo ha de ser monótonamente lo mismo? ¡Qué niños somos los hombres! Habrá, de seguro, planos en que no existe la conciencia como pináculo de toda grandeza; habrá formas más poderosas de ser que la conciencia, y el sentimiento, y el pensamiento; algo inimaginable, porque no hay necesidad ni modo

de imaginarlo; algo insospechado por las más pretensiosas filosofías...

* Después de reflexionar sobre semejantes cosas, me da vergüenza pensar que los hombres hayan sido tan atrevidos al calificar a Dios, con multitud de atributos infantiles, tan sólo propios de nuestro plano. Dios no es pensamiento, es infinitamente más profundo que el pensamiento; Dios no es sentimiento, es algo más arrebatador que el sentimiento; Dios no es conciencia, es algo más complejo y más bello que la conciencia...

* No quiero afirmar con esto que los atributos de cada plano sean perfectamente limitados y extraños entre si. No. Claro que debe haber nexos poderosos entre ellos y compenetraciones infinitas entre ellos. Por ejemplo: el mundo de los espíritus, sobre el cual descansan, quiéranlo o no, todas las religiones terrestres, toma para si, en gradación distinta, los problemas nuestros. Y el plano inmediatamente sucesivo al de los espíritus es problable que se diferencie bien poco del inmediatamente anterior y el posterior. Y en idéntica forma, hasta el infinito, unos y otros planos se van eslabonando y diferenciando en gradaciones que nos han de parecer fantásticas...

* Ahora me voy a permitir hablar de una divagación curiosa. Me imagino que de la misma manera en que nosotros realizamos reuniones espíritas, con objeto de inquirir acerca de cuestiones pertenecientes a otro plano limitrofe, existirá en ese plano una inquietud formidable por conocer secretos del plano superior que les sigue y les limita. Es posible que las altas entidades que a semejante ejercicio se dediquen, realicen reuniones análogas a las nuestras y sufran las burlas de la incomprensión del medio espírita positivista, para decirlo de un modo más gráfico. Sea lo que se quiera, en ningún plano termina la verdad, que es in-

finita y, por lo tanto, infinitamente insospechable en infinitos aspectos. Lo cierto es que en estos ejercicios mentales hay para pensar, para conocer y para divagar un rato, y quedar perplejo otro tanto...

140

* Nietzsche titulò un libro suyo con un nombre revelador, que afirma en principio nuestras creencias: Mas allá del bien y del mal. A cualquiera otro audaz pensador podria ocurrirsele escribir otro libro, que tratara de asuntos situados Más acá del bien y el mal... Los titulos pueden imaginarse, en tal sentido, hasta nunca acabar. ¿Y qué obstáculo podríamos oponer a las posibilidades del Universo?

Quiero dejar en esta reflexión lo relativo a la ética. Veamos lo que sigue, señor Einstein.

* Antes de hacer escrutinio relativo a las proposiciones religiosas, es útil hablar sobre otras cuantas dualidades susceptibles de examen análogo. En forma sintética, tan sólo enunciativa, con propósito de despertar la ideación en derrotero tan amplio como es este.

¡Cuánto se puede hablar sobre la dualidad lógica de la afirmación y la negación, materia trascendentalisima, cuyo análisis he iniciado desde 1915, en mis «Valores fundamentales de la razón»! De su teoria, de nuestra teoria, pues, no se había ocupado aún el mundo de las letras. ¡Y sobre la dualidad de la materia y el espíritu! ¡Y sobre lo infinito y lo finito! En fin, el lector agregue, a su disposición y antojo lo consiguiente a una enumeración tan vasta y tan en particular modo profunda.

Desde luego se da cuenta uno que el señor Einstein no ha tratado los tópicos más conspicuos y culminantes de nuestra teoria cósmica. Hace falta ya un poco de iniciativa en el colega alemán.

* Después, lo religioso. No se deduce de las palabras que anteceden un dogmatismo estrecho. Se provoca

como jamás se ha provocado, en primer lugar una actitud expectante, que espera prodigios insospechados de la gracia divina.... En segundo lugar, un sentimiento de admiración máxima: el asombro, el asombro amplificado hasta llegar al prodigio, en apariencia paradójico, del ojo que es todo conciencia y, sin embargo, presiente la infinitud que ignora, hasta el punto de considerarse a si mismo, un objeto incapaz de avaluar sus propias y excelentes capacidades sensitivas, dentro del infinito universo.... El símbolo de esta religión será: una boca abierta como la de la Tempestad de Rodin; un ojo extraordinariamente inquisitivo; el otro, sereno y plácido como un remanso; y, la cabellera, hundiéndose, en todos sentidos, por todos los planos imaginables, como las brumas misteriosas del infinito.... Un mónstruo, es verdad, para los alcances cotidianos de las naturalezas normales....

* Divaguemos ahora en otro sentido, mi querido señor Einstein. Sabe usted si la conciencia y el pensamiento, cuyos instrumentos para conquistar la verdad, afán ancestral de los hombres, ha tomado usted y he tomado yo, al plantear nuestra teoria, no son sino una simple modalidad de existencia? ¿Lo sabe usted, de seguro, senor Einstein? Convendría que nos preocupáramos de semejante problema. Yo sé que el sentido práctico nos aleja a menudo de consideraciones que no prometen conducirnos a las prácticas mundanas y utilitarias y, máxime, si se trasluce un vasto embrollo de complejidades trascendentes. Pero, entre filósofos, se debe apartar todo temor a las dificultades más rigurosas. La utilidad, en estas oportunidades, es cosa antiestética, que llega siempre, después del ejercicio de cualquiera facultad en este o aquel problema, con toda puntualidad y todo aderezo; es una dama cursi, y necesaria, para menores y más significativos detalles. Apartémosla, señor Einstein y mientras discuten la teoria en Europa,

pongamos el ojo atento y avizor hacia inexplorados territorios de la psiquis.

* Quedamos, pues, en que el raciocinio puede ser, acaso, uno de tantos planos del universo, que todo quiere explicarlo, pensarlo, dilucidarlo, sin presumir que es posible la existencia de cosas y casos que no necesiten explicación, porque pertenecen a algún plano superior de la divinidad que nos asombra....

Y nos hemos pasado, como quien pasa simplísimos instantes, siglos y siglos y siglos, pensando que Dios es un infinito de conciencia.... Alguien ha de tener la culpa de absurdos tan groseros.

¡Ampliemos, hombres, habitantes de las grutas de la edad de piedra, nuestra visión del Infinito....!

INDICE

	Págs.
Prólogo de J. Santos Chocano	. 111
Paulino y Suetonio	
Leuconoe	. 47
Ruinas y Leyendas	. 75
La Segunda Dimensión	. 99
El Movimiento	117
Mi teoria y la de Einstein	129